11509

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

UN LÍO DEL OTRO MUNDO

JUGUETE COMICO

en tres actos y en prosa, original

Copyright, by Antonio Fernández Lepina, 1918

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

UN LÍO DEL OTRO MUNDO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UN LÍO DEL OTRO MUNDO

JUGUETE CÓMICO

en tres actos, en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL el 21 de Marzo de 1918

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1918

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unlodelotromundo17218fern

A Arturo Serrano.

Querido Arturo: Me complace hacer público que en los éxitos que tuve en tus teatros te corresponde una buena parte por tu celo y por el cariño y competencia conque interviniste en la dirección de los ensayos.

Admite la dedicatoria de esta obra como testimonio de gratitud y afirmación de nuestra antigua amistad,

Antonio.

REPARTO

PERSONAJES DEL ACTO PRIMERO

CAROLA	Srta.	Moneró.
MICAELA	Sra.	Pino.
RAMONA		Brú.
LUIS LEÓN	Sr.	Alarcón.
ARROYO		Maximino.
FRUTOS		Portillo.
RIPOLL		Codina.
UN CAMARERO		Montero.

PERSONAJES DEL ACTO SEGUNDO

CAROLA	Srta.	Moneró.
DOÑA REMEDIOS	Sra.	Brú.
ELOÍSA	Srta.	Bermejo.
TRINI		Abrines.
PAQUITA		Concha Zeda.
LUIS LEÓN	Sr.	Alarcón.
ARROYO		Maximino.
M. DUPONT		Codina.
PEPE		Alaiz.
JOAQUÍN		Portillo.
DON RAMÓN		Navas.
TEODORO		Del Pino.
ENRIQUE		Estévez.
DON LUCAS		González.
UN MOZO		N. N.

611711

PERSONAJES DEL ACTO TERCERO

CAROLA	SRTA.	MONERÓ.
PAQUITA		ZEDA.
LUIS	SR.	ALARCÓN.
ARROYO		MAXIMINO.
CHACAL		PORTILLO.
DON LUCAS		GONZÁLEZ.
EL ESPANTO DE LAS PRADERAS		CODINA.
CORAL		CACHÉ.
DOCTOR PÉREZ		NAVAS.
TOM		ESTÉVEZ.
PANCHITO		LEYVA.

La acción del primer acto en Madrid, la del segundo en un balneario del Norte y la del tercero en Tupateca, república americana.

Epoca actual.—Indicaciones, las del actor.—En primavera el primer acto y en verano los otros dos.

NOTA

Se ruega encarecidamente a los directores de escena que no hagan ningún corte ni supresión en el diálogo de esta obra.

ACTO PRIMERO

Habitación principal de un piso con azotea en una casa moderna pero no lujosa.

Luis León inquilino del piso, tiene destinada esta habitación a comedor, sala de recibo y estudio de pintor.

En el foro hay dos amplias ventanas, y entre ellas una puerta que da a la azotea. En ésta se ven macetas, una tela de colchón a guisa de toldo, una butaca de mimbre y ropa tendida.

Una puerta en la derecha y dos en la izquierda. La de la derecha comunica con la alcoba, la primera de la izquierda con las habitaciones interiores y la segunda con el pasillo más inmediato al recibimiento.

El mobiliario de la habitación, convenientemente repartido, consiste en un sofá que tiene debajo un cajón para evitar una traición de los muelles y de las patas Dos butacas haciendo juego. El yute que tapiza estos muebles está roto y descolorido. Sobre ellos cajas, periódicos, libros y diversos objetos. Mesa de comedor en el centro con tapete de hule. Aparato de luz eléctrica sobre ella.

Un aparador con algunas piezas de loza y muchos objetos impropios de tal sitio, como un sombrero, un puño postizo, una paleta de pintor, un tarro de cerámica con pinceles, un sombrero de señora, etc., etc.

Un caballete con un lienzo junto a una de las ventanas. Alrededor de la mesa cuatro sillas que no tienen entre si más semejanza que la de resultar inservibles por su deterioro. Por las paredes numerosos lienzos sin marco, terminados unos y abocetados otros, pero todos de muy regular ejecución y bastante extravagantes. Entre ellos son precisos un autoretrato de Luis León con melena y traje bohemio y unos cipreses.

Un reloj que marca las diez menos minutos.

La habitación aparece casi a obscuras. Están cerradas las puertas y ventanas del foro y no hay más luz que la que se filtra por sus rendijas.

—

(Al levantarse el telón se oyen a lo lejos pregones de periódicos, tiestos, fresa y requesón. Téngase en cuenta que las voces llegan desde la calle a un quinto piso. Pausa. El timbre de la puerta suena dentro, hacia la izquierda. Pausa prudencial y vuelve a sonar.)

CAR. (Dentro, en la derecha.) ¡Ramona! ¿No oyes que están echando la puerta abajo?... ¿Es que no te has levantado? (El timbre vuelve a sonar prolongadamente.) Levántate, Luis, que debe ser el lechero.

LUIS (Dentro.) ¡Ramona!... ¡Chica!

CAR. No te canses. Es que no le da la gana levantarse.

LUIS Calla, no sea que te oiga y se disguste. (Sale por la derecha en mangas de camisa.) ¡Oye! (Abre las ventanas.) ¿Dónde pongo la leche?

CAR. (Dentro.) En cualquier cacharro, y devuelve al chico la lechera.

(Vuelve a sonar el timbre marcando el compás de la Marcha Real.)

LUIS ¡Va!... ¿Qué le digo si, como ayer, trae la pretensión de cobrar?

CAR. Dile que no estamos para músicas.

(Desaparece Luis por la izquierda, y a poco vuelve trayendo una lechera. Busca por el aparador un cacharro donde vaciarla, y no encuentra otro más apropósito que una gran sopera. Vase para devolver la lechera y regresa en seguida.)

LUIS Anda, levántate para hacer el café, que estoy desfallecido.

CAR. Pero llama a la chica.

LUIS No la molestes, mujer, no sea que vaya a enfadarse.

CAR. (Sale a medio vestir y termina de arreglarse en el comedor, buscando las prendas en el sofá.) ¡Mira que tener que andar contemplando a semejante zopenco!...

LUIS ¡Chist! Ten en cuenta que es nuestro cómplice. Si esa mujer hablase no habría esperanza de coger los veinte mil duros y probablemente yo iría al Palace Modelo y tú el Quiñones Room.

CAR. Pues por mí que duerma hasta el día del Juicio por la tarde. ¡Hay que ver cómo está esto!

LUIS Telaraña más, telaraña menos, como de costumbre; porque hay que reconocer que el mobiliario no es el de la sala de Gasparini precisamente ni nosotros unos modelos de aseo. Pero poco nos queda de miseria.

CAR. (Que prepara una cafetera rusa. ¿Dónde has puesto la leche?

LUIS Ahí, en la sopera.

CAR. ¿Y el pan?

LUIS No debe haber venido el repartidor.

CAR. Sí, hombre. Viene en cuanto abren el portal; pero no llama.

LUIS ¿Lo echa por debajo de la puerta?

CAR. No; deja los panecillos sujetos en el tirador.

LUIS ¡Ah, ya! Pues no los he visto. Voy por ellos. (Vase por la segunda izquierda para volver con dos panecillos largos.) La verdad es que como continúe el achicamiento, dentro de nada los pueden introducir por los agujeros de la mirilla. ¡Hay que ver qué largos más cortos!

CAR. Anda, llama a la chica y vamos a tomar el desayuno para que en seguida te pongas al sol en la azotea.

LUIS (Termina de vestirse poniéndose unos puños postizos que busca revolviendo todo el comedor. Encuentra uno en el aparador y otro en el sofá. El cuello le saca de la alcoba y la corbata del bolsillo.) ¿No crees que estoy ya suficientemente tostado?

CAR. No, hombre. Recuerda que tu difunto primo estaba del color de la canela. No hay que perdonar detalle para evitar cualquier sospecha.

LUIS Descuida, mujer, descuida. (Llamando desde la primera izquierda.) ¡Ramona!.. ¡Ramoncita!... Sí, soy yo... No, no; no te alarmes. Te llamaba para decirte que si no te sirve de molestia te vayas desperezando, que son las diez... Anda, que te estamos haciendo el desayuno y se te va a enfriar.

CAR. Pero, oye, ¿qué traje te has puesto?

LUIS El viejo. Para estar en la azotea tendido...

CAR. ¡Pero, hombre! Te olvidas de que tú ya no

eres tú, sino tu primo León, y que puede venir cualquiera y sospechar. Me tienes con el alma en un hilo. ¿No me ves a mí llevándote luto hasta para tomar el café?

LUIS Bueno, hija, bueno. Es que no creo que pueda venir nadie tan de mañana. (Vase por la derecha.)

RAM. (Por la izquierda.) ¡Anda, la mar! Tanta prisa y no son más que las diez.

CAR. ¡Mujer, y te acostaste con el bocado en la boca!

RAM. Si trabajasen ustedes como trabaja una...

CAR. Trae los tazones, que ya está el café.

RAM. Pero ¿y la leche?

CAR. Ahí la ha puesto el señorito.

RAM. ¿Y sin cocer? ¡Cualquiera toma el café frío!... ¡Jesús qué señoritas! ¡No sirven ustés para nada! Venga, la coceré yo en un momento. Traiga usté la maquinilla. Tiene una que estar en todo. Vaya usté poniendo la mesa.

CAR. Te... (Va a decirle un improperio, pero hace una rápida transición.) Perdona, mujer, perdona. (Extiende sobre la mesa un mantelillo y pone el servicio del desayuno.)

LUIS (Sale por lo derecha vestido de blanco y con sombrero de jipi.) A nadie más qué a mi primo se le ocurre perder el equipaje y quedarse sólo con este trajecito.

CAR. Ya te vestirás de otro modo; pero por ahora tienes que imitarle.

LUIS Le voy a imitár hasta en lo de coger una pulmonía.

CAR. Ponte encima el gabán, como ayer.

RAM. Vamos a tomar el desayuno, que ya es hora. (Deja sobre la mesa tres tazones y una jarra con la leche. Carolina sirve el café.) A mí póngame usté más café que leche.

LUIS Sí, monina, lo que tú quieras.

RAM. (Sentándose a la mesa.) Oiga usté. Estaba yo pensando que además de las tres mil pesetas que me han prometido ustés porque me calle y diga que el señorito se ha muerto y llore como una descosía en cuanto llaman a la puerta. me darán ustés también los ocho meses que me deben. Yo creo que es lo justo, ¿verdá usté?

LUIS Sí, hija, justísimo. Se te dará todo lo que

quieras. Pero no estés de pie. Siéntate, mujer, con confianza.

RAM. ¿Es que lo dice usté de guasa?

LUIS No, Ramoncita, no. Dios me libre. ¿Quieres un poco de mantequilla en el pan?

CAR. A ver si hoy nos dejan un poco más tranquilas las visitas.

(Timbre dentro.)

LUIS Pues ya escampa. Parece que te han adivinado.

RAM. (Llorando a berridos va hacia la izquierda apurando la taza de café.) ¡Ay, pobre señorito!

LUIS Calla, mujer, no exageres.

RAM. No, no. A mí me han dao ustés tres mil pesetas por llorar, y yo no robo el dinero.

CAR. Espera un momento que terminemos.

(Terminan precipitadamente de tomar el café y recogen el servicio de cualquier modo.)

LUIS Temprano empieza la fiesta.

(Ramona vase por la segunda izquierda.)

CAR. Anda, vete a la azotea. Yo te llamaré en el momento conveniente.

(Vase Luis por la puerta del foro. Carolina se lía en una toquilla negra y se sienta tomando una actitud muy triste. Dentro se oye a Ramona llorar y lamentarse a voz en grito.)

RAM. (Dentro.) ¡Ha sido un escopetazo! ¡Pobre señorito de mi alma!

MIC. (Entra seguida de Ramona haciendo grandes aspavientos. Es una señora muy redicha y exagerada.) ¡Sobrina de mi corazón! ¡Hija de mi alma! No me digas nada. Los grandes dolores son mudos. Yo vengo traspasada por la pena.

CAR. ¡Tía Micaela!

MIC. No te afectes. Ten calma. No enrojezcas tus párpados con nuevas lágrimas. Dolores son éstos a que nos somete el Altísimo para probar el temple de nuestras almas... Pero dime, ¿cómo ha sido? ¿Estaba enfermo?

RAM. Ha sido un escopetazo. Se quedó como un pajarito.

MIC. ¡Ah! ¿Se debe la desgracia a un accidente de caza?

CAR. No, tía, no...

MIC. ¡Ah, ya! La frase hecha me había hecho creer...

RAM. Ha sido una pulmonía fulminante que se le llevó en horas... ¡Ay, pobre señorito!

MIC. No somos absolutamente nadie.

CAR. Ramona, vete a la cocina y déjanos.

RAM. (Hace mutis por la izquierda sin dejar de llorar.) ¡Pobre señorito! ¡Habrá ido derechito a la gloria!

MIC. ¿Pero cómo no se te ha ocurrido avisarnos? Un telegrama y hubiéramos venido al instante para acompañarte en los primeros y horribles momentos de viudedad.

CAR. ¿Pero cómo se han enterado ustedes?

MIC. Anoche leímos la noticia en el *Heraldo*.

CAR. ¡Ah! ¿Pero han publicado la noticia los periódicos?

MIC. ¿No lo has leído? La prensa tributa al pobre Luis en la nota necrológica, el merecido homenaje a su talento, y te dirige a ti sentidas frases de pésame. El periódico, como sabes, llegó a Ciempozuelos en el correo de las once. Leímos la noticia de sobremesa y nos causó una impresión profundísima, indescriptible. Tu tío sufrió un desmayo, y de la impresión se le ha recrudecido la afección en la trompa de Eustaquio. Yo no pude terminar el café, sobre el que cayó mi copioso llanto. Y esta mañana, en el mixto de las cinco, nos hemos apresurado a venir. ¡Ah, sobrina de mi alma! Comprendo tu dolor y lo comparto. Yo, que he perdido tres maridos, sé lo que duelen estas cosas, sobre todo la primera vez.

CAR. Tía... Es preciso que yo le diga a usted...

MIC. Dime, dime lo que quieras. Desahoga tu pecho sobre el mío.

CAR. Anoche precisamente, al acostarnos, le decía a Luis que teníamos que ir a Ciempozuelos.

MIC. ¡Está loca!... Anoche... Desvaría... Como yo, igual que yo cuando perdí a mi Alfonso. No me hacía la idea de que se había ido para no volver.

CAR. No, tía, es que Luis no se ha ido...

MIC. Vamos, vamos, serénate.

CAR. Le digo a usté que mi marido no se ha muerto.

MIC. (¡No es desvarío, es locura!)

CAR. Luis... Luis...

MIC. ¡Por Dios, no evoques a los muertos, Carolina, que ya sabes lo impresionable que soy!

Jamás he podido ver el *Don Juan Tenorio* sin desmayarme.

LUIS ¿Quién es? ¡Ah! Es la tía Micaela.

MIC. ¡Ay! ¡Socorro! ¡Aparta, fantasma vano! (Cae desvanecida sobre el sofá.)

LUIS ¡Mujer! ¿Pero no le habías dicho la verdad?

CAR. Sí; se lo estaba contando y te llamaba a ti para que se convenciera... ¡Tía!... ¡Tía!...

MIC. Sueño o delirio es...

LUIS Vamos, no diga usted tonterías.

MIC ¿Pero eres tú?

LUIS Sí, tía. No me he muerto. No ha pasado nada.

MIC. ¿Que es esto? ¿Por qué no me explicáis este enredo?

CAR. Ibamos a hacerlo cuando usted se desmayó.

MIC. Es que gastáis unas bromas macabras como para sincopar una estatua.

CAR. Ya le escribí a usted que Carlos Mozo, un primo hermano de Luis, que residía en Tupateca, nos había anunciado su visita.

LUIS Con objeto de confiarme la venta directa en España de los productos de sus plantaciones de cacao, café y caña y también para conocer a mi mujer.

CAR. Soñábamos con su llegada para resolver nuestra apuradísima situación, pues ahora se le puede decir a usted que estábamos pasando una temporada horrible.

MIC. (Mirando en derredor.) Basta una veloz mirada para hacerse cargo. Pero si mi memoria no comete infidelidades, recuerdo que me digisteis que Luis había trocado los pinceles por la partida doble y que había logrado una magnífica colocación de comisionista en los países beligerantes de una poderosa casa de productos alimenticios.

LUIS En efecto; mil pesetas de sueldo, comisión en las ventas, un seguro de vida, viajes con dietas...

MIC. ¿Y de todo eso?...

LUIS No nos han quedado más que las dietas.

CAR. Luis mostraba cierta repugnancia a los submarinos al cruzar el canal de la Mancha para ir a Inglaterra y una aversión invencible a las balas cuando tenía que ir a Francia.

LUIS No haga usted caso. ¡Figúrese usted si a mí, que he estrenado doce melodramas policíacos con desagrado del público, me iba a asustar que me silbaran las balas! Es que yo no quería estar separado de Carola meses y meses.

MIC. ¿Oteliano también?

CAR. Sí, tía, más que nunca.

LUIS Es que se le ha puesto en la cabeza volver al teatro.

CAR. ¿Es que no me conociste en él honrada y muy honrada?

LUIS Sí, muy honrada; pero muy ligera de ropa.

MIC. Bien; dejemos esas minucias y seguid contándome.

CAR. Pues que por celos o por miedo, o por ambas cosas, Luis perdió el destino. Durante un mes nos hemos alimentado con las conservas del muestrario; pero en la última semana no nos quedaban más que variantes: pimientos, pepinillos y mostaza. Estábamos como puede usted imaginarse.

MIC. Sí, hija, irritadísimos. Ya me hago cargo.

CAR. Esperábamos al primo de Luis como nuestra única salvación.

LUIS Pero el pobre tuvo la mala idea de venirse a Europa desde el Océano Pacífico con este trajecito, como los americanos de comedia, porque perdió el equipaje, y al desembarcar cogió una pulmonía doble.

CAR. Llegó gravísimo. Le tragimos de la estación casi en brazos, y aquella misma noche entregó su alma a Dios.

MIC. Y a vosotros ¿no os entregó nada?

LUIS Nada. En sus bolsillos sólo encontramos cincuenta céntimos.

MIC. ¿Y cómo pensaba ese hombre regresar al Pacífico con dos reales?

LUIS En el tranvía, seguramente.

CAR. Tenía que cobrar personalmente una suma, y por miedo a que le robasen dijo que se embarcó con una peseta.

LUIS Y la debió cambiar a bordo cuando sólo traía calderilla.

MIC. Ahora adivino la superchería. ¿Qué habéis hecho, desgraciados?

LUIS Una barbaridad muy gorda; pero ya no tiene remedio.

MIC. ¿Has suplantado la persona de tu primo para cobrar sus créditos?

CAR. No, tía; no es eso. Se trata de algo menos peligroso y más inmediato. Ya le hemos dicho a usted que Luis tenía una prima.

MIC. ¿En América también?

LUIS No; un seguro de vida por cien mil pesetas hecho por la casa que me envió al frente con las latas La prima estaba pagada hasta fin de año...

CAR. Luis y su primo hermano Carlos Mozo tenían entre sí un parecido físico notable, asombroso. El mismo que tenían sus madres, que fueron hermanas gemelas.

LUIS De chicos nos confundían nuestros propios padres, y nuestra común abuela, cuando íbamos a pedirle el aguinaldo, nos hacía en la frente una cruz con tinta para evitar fraudes, pues yo se le solía pedir dos veces.

CAR. No se ve un parecido tan exacto ni en mellizos.

LUIS En el momento en que el pobre Carlos, tiritando de frío, me decía: «¡Por volver a este mundo me voy al otro!... ¡Vete tú al otro, que yo me voy de éste!...», por mi mente cruzó el final del acto segundo de un melodrama que tengo pensado para Price. Yo me iría al otro mundo en lugar de mi primo y mi mujer cobraría la prima.

MIC. ¡Chespiriano!

LUIS El único testigo era la criada. Compramos su silencio con la promesa de darle tres mil pesetas para casarse...

CAR. Yo me solté el pelo y comencé a llorar como una Magdalena...

LUIS Yo me corté el mío y me peiné de este modo para no diferenciarme en nada de mi primo...

CAR. Se avisó al médico...

LUIS Certificó la defunción...

CAR. Yo soy una viuda alegre...

LUIS Yo soy un primo tupatecano...

CAR. Yo cobraré la prima...

LUIS Y gracias a mi muerte podremos vivir.

MIC. Efectivamente, nunca se puede decir más propiamente que has pasado a mejor vida. ¿Pero tenéis atados todos los cabos?

LUIS Hasta los sargentos. La partida de defunción en toda regla...

CAR. El testamento que hizo Luis al irse al frente...

LUIS Los documentos de mi primo en mi poder...

CAR. Y ahora se pasa el día en la azotea para adquirir el tostado de la piel. ¿Qué le parece a usted?

MIC. Nada, hija; estoy anonadada.

CAR. ¡Ah! Pero ahora que recuerdo. ¿No me dijo usted que también había venido el tío Paco?

MIC. Tu tío se encaminó desde la estación a la fonda para dejar las maletas y unos encargos, pues no nos parecía conveniente venir con líos a una casa mortuoria.

LUIS ¿Pero cómo se han enterado ustedes?

CAR. ¡Ah! ¿No lo has oído? Por el *Heraldo*, que trae un artículo necrológico.

LUIS ¿De veras? Pues le trajeron anoche y no le leímos.

CAR. Es verdad. Le echaron cuando íbamos a acostarnos. En el recibimiento lo dejé.

LUIS Voy por él. Leer los elogios que le dedican a uno después de muerto es una satisfacción que no tienen todos. (Vase por la segunda izquierda.)

CAR. No contábamos nosotros con este incidente de la publicidad.

MIC. Para lo que habéis hecho esto no tiene importancia.

LUIS (Que viene con el periódico desdoblado.) ¡Qué barbaridad! ¡Me dedican casi media columna! ¿Si sería yo célebre sin saberlo?

CAR. Lee, lee.

LUIS «Muerte de un artista. El pintor Luis León. La parca nos arrebató ayer en la plenitud de la vida a un artista insigne... insigne...» Oye, tú, pone insigne...

CAR. Ya lo he oído. Sigue.

LUIS (Continúa leyendo después de echar una mirada de orgullo a sus cuadros.) «Luis León era un artista genial para el que el color no tenía secretos y cuya gallardía de trazo sólo era comparable a la de los grandes maestros de la escuela italiana.» (Vuelve a mirar los cuadros con más detenimiento, cambiando de sitio para bus-

carles la luz.) ¡Se ve que este hombre es un crítico inteligente!

CAR. A ver si es el mismo que te dijo que «Los cipreses del cementerio», que llevaste a la exposición, eran una fuente de sorbetes de agraz.

LUIS Envidias, rivalidades de mis compañeros Roca, Ferraz y Marco, que al ver mi triunfo intrigaron con la prensa. Mira cómo ahora que no me temen me hacen justicia. «Era un artista que se había adelantado a su época, y por eso su obra, original y atrevida y de asunto nunca vulgar, no se comprendía; pero, entre sus lienzos, «Los cipreses del cementerio», «Lucha de buzos en el fondo del mar», «Danza de apaches en el Parnaso» y «Neptuno en automóvil» pasarán a la posteridad. Lloremos la pérdida de este gran artista, gloria de España...» (Se conmueve.)

CAR. Pero, hombre, ¿vas a llorar?

LUIS ¡Caray, es que no puede oir uno sin conmoverse lo que le dicen después de muerto!... Mañana mismo iré a dar las gracias al articulista.

CAR. Pero, hombre, ¿cómo vas a ir a darle las gracias si te has muerto?

LUIS Es verdad. Se las darás tú en mi nombre. ¿Véis cómo yo era un artista incomprendido?

MIC. Yo jamás dudé de tu arte. En lugar preferente de nuestra sala figura el esqueleto dentro del agua que me regalaste.

LUIS ¿Qué esqueleto?

MIC. El lienzo conque me ofrendaste por mi fiesta onomástica

LUIS ¡Qué va a ser un esqueleto dentro del agua! Es la Maja a través de los Rayos X. Goya la pintó vestida, luego se atrevió a pintarla desnuda, y yo, más audaz, he ido más lejos. La he pintado transparente.

MIC. Genial, verdaderamente genial.

LUIS Nada, que he muerto incomprendido. «Lloremos la pérdida de este gran artista, gloria de España...»

CAR. No leas más tonterías.

LUIS «A su viuda, hermosa y abnegada mujer...» (Tira el periódico.)

CAR. Termina de leer.

LUIS Son las tonterías de cajón conque se pone fin a los artículos necrológicos.

CAR. (Que cogió el periódico.) ... «Que compartió con el gran artista las miserias de la bohemia y le inspiró sus mejores cuadros, como la Monna Lisa a Leonardo y la Fornarina a Rafael, enviamos nuestro más sentido pésame...» No está del todo mal el artículo, pero me podían haber llamado distinguida y elegante.

LUIS Ya te llaman Monna...

MIC. Me voy. Estoy intranquila por Frutos. Como con la emoción se le ha recrudecido la sordera, temo que le haya cogido un automóvil.

CAR. ¡Tía, por Dios!....

MIC. O me estará esperando en la fonda. Como el pobre es tan impresionable no se atreverá a venir solo.

(Timbre dentro. En seguida se oyen las exclamaciones y sollozos de Ramona.)

CAR. ¡Una visita! Siéntese usted, tía! (Toma la actitud ya conocida.)

MIC. Me compungiré yo también. (Lloran y suspiran durante un rato.) Hija, si no entran pronto se me van a agotar las lágrimas.

RAM. (Entre sollozos.) Su esposo de usted, señora, que no se atreve a entrar.

MIC. ¡Pobre! Voy a prepararle. Tú escóndete, y por Dios, que no te vea hasta que le hayamos explicado...

LUIS Me hacéis una seña. Yo estaré al cuidado. (Vase por el foro.)

MIC. ¡Es tan impresionable!... Desde anoche tiene los nervios de punta. (Desde la segunda izquierda.) Pasa, pasa. (Hace señas.)

FRUTOS (Por la segunda izquierda. Es un hombre muy nervioso y sordo como una tapia.) ¡Sobrina de mi alma! .. ¡Hip!... ¡Hip!... (Quiere romper a llorar y no puede.)

MIC. (Muy fuerte y acompañando la palabra de la acción para hacerse comprender.) No llores, serénate.

FRUTOS No, no puedo romper. Ya sabes lo nervioso que me pongo hasta que rompo... ¡Hip!... ¡Hip!...

MIC. Que no llores. Luisito no se ha muerto.

FRUTOS ¿Eh?

MIC. (Casi por señas.) Que Luis no se ha muerto.

LUIS (Asomando con precaución.) Dígaselo usted más bajo, que se va a enterar todo el barrio.

FRUTOS ¡Pobrecillo!... ¡Hip!... ¡Hip!... Con lo que yo le quería... A mí estas cosas me llegan al alma. Tengo el corazón traspasado, traspasado.

CAR. ¡Pues no se ha enterado!

MIC. Te digo que la noticia me le ha acabado de trastornar. Escucha. Que Luis no se ha muerto. No.

FRUTOS (Confundiendo las señas.) ¡Qué voy a dormir! Ni pegar los ojos... ¡Y si pudiera llorar!... ¡Hip!...

CAR. A ver si yo me doy mejor maña. Que Luis (Señala el retrato) no se ha muerto.

FRUTOS ¡Ah! (La abraza.)

CAR. ¿Ve usted? Ya me ha entendido. Está ahí, en la azotea.

MIC. (Que se ha sentado y escribe rápidamente.) No me fío. Se lo voy a contar por escrito.

FRUTOS ¡Voy a romper... voy a romper!... (Le acomete una crisis nerviosa y ríe histéricamente.) ¡Ja, ja, ja!

LUIS (Entrando al oir las carcajadas.) ¡Vamos, ya era hora de que se enterase! Por lo visto le ha hecho mucha gracia. ¡Tío!...

FRUTOS ¡¡Ah!! (Se le agudiza la crisis. Ríe más fuerte y nerviosamente y da puntapiés y puñetazos a todos los que le rodean.) ¡Es un fantasma!

LUIS ¡Tío, si soy yo!

FRUTOS ¡Que no me toque! ¡Ja, ja, ja!...

MIC. ¡Se me va a morir! Lee, lee.

(Frutos se tranquiliza un poco y lee el papel que le de su mujer.)

FRUTOS «Luis no ha muerto... su primo... (Termina de leer y rompe a llorar como una Magdalena abrazando a Luis.) ¡Sobrino de mi alma! Pero, ¿estás vivo de veras? ¿No eres un fantasma? ¿Eres de carne y hueso? (Le pellizca.)

LUIS ¡Ay!

FRUTOS Te pellizco para convencerme de que eres de carne y hueso.

LUIS ¡Caray, pues no apriete usted así, que soy de carne.

FRUTOS ¡Qué alegría tan grande! (Vuelve a leer el papelito y se le devuelve a su mujer.) Me lo tienes que contar con todos los detalles.

LUIS Va usted a tener que escribirle una novela.

FRUTOS (Completamente sereno.) Lo estoy viendo y no lo

creo. Vamos, que me parece mentira. (Se sienta de golpe en una silla y en seguida se levanta de un brinco dando alaridos.) ¡Ay, ay!

CAR. ¡Qué dolor tan grande!

LUIS Pero, ¿otra vez?

FRUTOS ¡Me ha traspasado el alma!

LUIS ¡Pero si estoy vivo! Lea usted.

FRUTOS ¿Que si me ha llegado a lo vivo? ¡Me he clavado una lanza! (Muestra el clavo de la silla.)

TODOS ¡Ah!

CAR. Siéntese usted aquí. (Le indica el sofá, del que quita cosas.)

FRUTOS ¡Cá! Nos vamos a la calle. Ya que no te has muerto aprovecharemos para hacer compras.

CAR. Yo también voy a casa del notario. (Se pone un manto de riguroso luto.)

LUIS Vengan ustedes a comer. Nos daremos un gran banquete para solemnizar mi paso a la otra vida y el cobro del seguro.

MIC. Aceptado. (Casi por señas a Frutos.) Nos vamos y volveremos para comer.

FRUTOS Tengo un apetito feroz.

CAR. Pues en marcha. Tú vé encargando una buena comida al café.

LUIS Descuida. Haré un menú en concordancia con unos estómagos que llevan ocho días á régimen de aperitivos.

MIC. Adiós.

FRUTOS Deja que te dé un abrazo, que me parece mentira.

LUIS Abrace, pero no pellizque.

(Frutos, Micaela y Carolina se van por la segunda izquierda. Luis los acompaña para despedirlos.)

CAR. Que no dejes de ponerte al sol, que estás poco tostado.

LUIS (Cantando.)

«Ya está, tostao...»

FRUTOS Es de la *Bohemia* eso que canta, ¿verdad?...

LUIS (Solo.) La verdad es que todo nos está saliendo a pedir de boca. Dentro de nada seré dueño de 100.000 pesetas y me europeizaré, porque así estoy hecho un guacamayo. Vamos a hacer el menú. (Llamando.) ¡Ramona!... ¡Chica!... ¡Ramona!... ¿Te has dormido?

RAM. ¡Me había quedao un poco traspuesta al lao del fogón!... ¡Como se levanta una tan temprano y tragina tanto, tanto!...

LUIS Efectivamente, como sigas así te vas a reventar.

RAM. Poco me queda. En cuanto me den ustés las tres mil pesetas, ya verá usté.

LUIS Bueno, te llamaba para que entre los dos hiciésemos el menú de la comida.

RAM. Anda, ¿se va usté a meter conmigo en la cocina?

LUIS ¡Yo qué me voy a meter contigo! ¡El menú, mujer, es la lista de los platos de un gran banquete que nos vamos a dar hoy.

RAM. ¡Anda! Ya era hora de que comiésemos píparamente y no pepinillos y mostaza. Bueno, pero ¿para qué hace falta lista? Esas son tonterías de la gente cursi. ¡Como si se nos fuese a olvidar lo que hemos comido!

LUIS Mira, hija mía, limítate a contestarme y será mejor. Empezaremos por una buena tortilla de jamón y después tres o cuatro platos fuertes. ¿En casa qué tenemos?

RAM. Aquí no tenemos más que hambre.

LUIS ¡Ahora has estado buena! (Suena el timbre.) Anda, vé a abrir y ya sabes.

(Mutis Ramona segunda izquierda.)

RAM. ¡Ay, mi pobre señorito!...

LUIS ¿Quién será ahora? (Escucha, y dentro se oye la voz de Ripoll y los gimoteos de Ramona.) ¡Arrea, el anticuario que vendía mis cuadros!... Con lo largo que es ese tío se ha olido algo y viene a cobrarse lo que le debo. (Escucha.) Y esa le está contando la historia y le hace pasar. Le hablaré con acento americano para despistar más.

RIP. Bones días tinga.

RAM. Este señor es el primo de mi difunto señorito que esté en gloria.

LUIS Pase, amigaso, pase. Está usted como en su casa. Vete ahorita, Ramona, que tengo que hablar con el señor.

(Vase Ramona gimoteando.)

RIP. Man semblá que vosté es americano.

LUIS De Tupateca.

RIP. Pero, ¡oy! póngase escorsado que yo le busque la luz a vosté... ¡Esa cara!...

LUIS (¡Este tío me va a resucitar de una bofetada!)

RIP. Es asombroso el paresido que vosté tiene con el otro.

LUIS ¡Qué esperansa! El amigaso me dirá en qué puedo servirle.

RIP. Pus miri, yo vingo en decirle que su primo era un sinvergoña.

LUIS ¿Y para eso se ha molestado usted?

RIP. Figúrese vosté que yo le pagaba a sinco duros unas imitasiones del Greco que una prima meva vendía en Toledo como auténticas. La última vegada le pagué dos por delante y no le volví a ver la melena al muy sinvergoña. Y me reventó, porque yo vendía los Grecos falsificados a quinientas pesetas uno con otro.

LUIS ¡Qué ladrón!

RIP. ¿Quí?

LUIS Mi primo, hombre, mi primo.

RIP. Ah, ya. Pues yo he venido a liquidar con la familia.

LUIS ¡Che, ha perdido el tiempo!

RIP. Vosté no me conose. Yo he venido a cobrar y cobro.

LUIS (Me parece que el que cobra soy yo.)

RIP. Yo no vingo por dinero; vingo a darle.

LUIS (¡Ah, pues sí que cobro!)

RIP. Quiero comprar los cuadros que ha dejado pintados Luis León.

LUIS ¿A comprar sus cuadros? ¡Ah, al fin se hace justicia a sus méritos! Al fin se reconoce que era un artista genial para el que el color no tenía secretos y cuya gallardía de trazo sólo era comparable a la de los grandes maestros de la escuela italiana...

RIP. Escuche, hombre, escuche...

LUIS ¡Qué pintor ha perdido España!...

RIP. Escuche vosté, primo. A mí los cuadros de Luis León, la verdad, man semblan pésimos.

LUIS ¿Cómo?

RIP. Muy malos. Pero ahora los han puesto de moda los periódicos. Las obras póstumas se venden como pan bendito. Me llevará los Sipreses, que los han sitado los críticos, y un par de cosas mes.

LUIS Ah, ¿de manera que le parecen a usted muy malos los cuadros?

RIP. Unas visiones, pero el negosio es el negosio.

LUIS Pues vaya usted con Dios. Aquí no se vende nada.

RIP. ¡Oh! Vosté venderá. (Saca la cartera.) Por los Siprese, el auto retrato y aquella visión de allí, le doy mil pasetas.

LUIS ¿Qué dice usted?

RIP. Mil lagañas, que disen en Madrid. Luego mandaré por los cuadros. Adeu, siau.

LUIS Hombre, todavía no he dicho ni que sí ni que no.

RIP. Es lo mismo. Yo sé que asepta.

LUIS ¿Usted qué sabe?

RIP. He puesto el dinero sobre la mesa y eso no me falla en jamás.

LUIS ¿Por qué?

RIP. Es molto sensillo. Si vosté ofrese dies duros por una cosa y empiesa a regatear, el artista se le crese; pero si vosté pone el dinero sobre el mostrador y parla de otra cosa, el artista ha estao mirando el dinero fassinado y luego ni tiene vosté más que haser intensión de guardárselo para que se presipite a aseptar... De modo que si no le conviene las mil pesetas yo no doy ni un séntimo más. (Hace ademán de guardarse el dinero.)

LUIS No, hombre... ¡qué le vamos a hacer!

RIP. ¿Lo ve? ¡Adeu, siau! ¡Adeu! (Mutis.)

LUIS ¡Mil pesetas! ¡Mil pesetas por tres cuadros! ¡Si llego yo a saber la cuenta que tenía morirse a cualquier hora estoy pasando hambre toda la vida!... ¡Ramona!

RAM. ¿Qué pasa?

LUIS Arrea, baja al café de aquí al lado. Toma la nota. (Escribe.) Cinco tortillas de jamón, cinco bistés, cinco raciones de langosta, cinco de criadillas, flanes, Rioja, pan, vino, queso, plátanos... Toma, y lo que te de a ti la gana. Hoy hay que comer hasta reventar.

RAM. En seguida. Abra usted si llaman. Sí, señor; vamos a reventar. (Vase corriendo por la izquierda.)

LUIS Iré poniendo la mesa para darles la gran sorpresa cuando vengan. (Extiende un mantel sobre la mesa y pone sobre ella platos y copas con la natural torpeza y confusión, cantando un aire popular. Timbre dentro. Luis va a abrir y vuelve en seguida.)

CAR. Pero, ¿a dónde va esa chica corriendo como una loca?

MIC. La hemos interrogado y sólo ha respondido mostrándonos un papel. ¡Vamos a reventar!

Hemos subido corriendo creyendo que se trataba de un envenenamiento.

LUIS Va al café por una comida, que a su lado la de las bodas de Camacho, sería un aperitivo.

CAR. ¿Qué has hecho, desdichado? ¿Con qué vamos a pagar? Yo no traigo un céntimo. La prima tardarán varios días en pagármela.

MIC. Y el caso es que nosotros, como se trataba de un duelo, no hemos traído más que lo preciso.

LUIS Puedes estar tranquila y usted también. He vendido tres de mis cuadros.

CAR. ¿Es posible? ¿En cuánto?

LUIS Mil pesetillas para no regatear.

CAR. Ay, Luis, tú te has vuelto loco.

MIC. Tal vez la inanición le haga desvariar.

LUIS Mira y acatárrate, porque el pasmo me parece poco. (Le enseña los billetes.)

CAR. Pero, ¿es posible?

MIC. ¡Ya decía yo que era un artista!

LUIS En cuanto se ha sabido que he muerto soy célebre, soy genial. Los negociantes vienen a solicitar mis cuadros y me los pagan a toca teja... ¡Excuso decirle a usted las obras póstumas que voy a pintar!

RAM. Señoritos, señoritos. Aquí está el camarero.

LUIS Que pase ese hado benéfico.

(Entra el CAMARERO con una gran bandeja de madera de la que saca gran número de platos y botellas.)

CAM. Aquí traigo la tortilla, el pan y el vino. Enseguida subiré lo demás. (Deja el servicio y vase.)

MIC. ¡Qué olorcillo!

LUIS Desvanece.

MIC. ¡A mí se me hace la boca agua! ¡No hemos probado bocado desde anoche!

LUIS Yo, para recordar cuándo hemos hecho la última comida en serio, tendría que consultar mi libro de memorias.

FRUTOS ¡Cómo nos vamos a poner!

CAM. ¿Mandan ustedes algo?

LUIS Nada. Dentro de un rato tráigase unos cafés. (Vase el Camarero.) Bueno, señores, a la mesa. Empezaremos por la tortilla.

MIC. ¡A ella!

(Todos se sientan.)

CAR. ¡Qué cara tiene!

LUIS Muy simpática.
(Timbre dentro. Todos se quedan suspensos con el primer bocado camino de los dientes.)
CAR. ¡Una visita!
LUIS ¡Nos ha revacunado!
MIC. Dí que los señores se han ido al campo..
LUIS Pero si estamos de duelo...
MIC. Al campo... santo.
FRUTOS Pero, ¿no empezamos? ¿Quién falta?
MIC. ¡Calla!
FRUTOS ¡Ah, pues yo no gasto cumplidos! (Se sienta y empieza a devorar.)
RAM. (Precipitadamente.) Recojan ustedes, recojan ustedes. Es un señor que dice que es íntimo de don Carlos.
LUIS ¿Será Vázquez Mella?
RAM. De don Carlos el de América, y va a entrar porque dice que no consiente cumplidos. (Vase.)
LUIS ¡Nos ha cortado la digestión!
MIC. ¡Ojalá nos hubiera cogido en ella!
LUIS ¡Pronto, recojamos esto!
(Todos se apresuran a recoger platos y botellas.)
FRUTOS ¡Que no he acabado! ¡Que quiero repetir!
ARROYO (Entra de pronto por la segunda izquierda. Sorprende a Luis con dos botellas en la mano. Luis se las pasa a Carola.) Pero, hombre, ¿vas a gastar cumplidos conmigo? Dame un abrazo y no te quedes aplatanado. Esta es la viuda de tu primo, ¿verdad? Por la prensa me he enterado de la desgracia. Un abrazo, señora. Yo soy como de la familia. Ya lo sabe éste.
(Arroyo habla con algún acento americano. No viste de modo extravagante, y si acaso llevará una prenda propia de un indiano.)
CAR. (Lloriqueando.) ¡Qué desgracia la mía! (Pasa las botellas a Micaela para poder abrazar a Arroyo.)
ARROYO ¿Esta señora, es también de la familia?
LUIS Tía... tía de esta, de la viuda de mi primo.
ARROYO Tengo mucho gusto en saludarla, señora. Vengan esos brazos.
MIC (Pasando las botellas a Frutos, que mira de un lado a otro muy extrañado.) El gusto es mío.
FRUTOS ¿Las destapo?
LUIS (Aparte a Micaela.) Llévesele usted a la azotea, que va a meter la pata. Siéntate, amigazo.
(Se sientan en primer término y Micaela se lleva a Frutos hacia la azotea.)

ARROYO Yo te estaba esperando en la fonda y como no ibas vine a buscarte... Me hago cargo de la desgracia.

LUIS Ya ves, ya ves qué tragos..

ARROYO Tú le querías mucho al primo, lo mismo en Tupateca que en la travesía no hacías más que nombrármele. Me duele como cosa tuya y vamos a rezarle un par de rosarios al pobrecillo.

LUIS ¿Un par de rosarios?

ARROYO O cuatro si quieres, yo no tengo prisa y sé que tú querrás hacer las cosas al estilo de nuestro país. Cuando terminemos me darás cien pesos.

LUIS ¿Cómo cien pesos?

ARROYO Sí, por ahora no necesito más, ya te iré pidiendo lo que me haga falta. Pienso gastarme en Europa todo lo que me has dado por los cafetales de la vega. Por eso te dije que no me lo dieras en Tupateca, que me lo guardaras para ser mi banquero en España. Buen negocio hiciste.

LUIS ¡He hecho un negocio redondo!

CAR. (¡Nos ha matado!)

ARROYO Anda, anda, vamos con las oraciones.

LUIS ¡Vamos con lo que tú quieras!

ARROYO Yo guiaré. (Saca un gran rosario, se arrodilla, todos le imitan y empiezan a rezar. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón central del Balneario.

En la derecha puerta grande que conduce al vestíbulo de entrada. En el foro dos puertas grandes también. Una conduce al comedor y sala de recreos y la otra a la escalera que lleva a los pisos superiores.

En la izquierda tres puertas pequeñas y seguidas sobre cuyos dinteles se verán los números 20, 21 y 22.

Hacia la derecha un piano, y, convenientemente repartido, una mesita, dos butacas de mimbre y varias sillas. Una de las butacas es baja, con altísimo respaldo y orejetas en él.

No hay luz eléctrica. Un aparato central de velas o petróleo alumbra el salón. Velas en el piano.

—

(Al levantarse el telón, DOÑA REMEDIOS, TRINI, ELOISA, DON LUCAS, JOAQUIN, PEPE y LUIS rodean a CAROLA, que, ante el piano y acompañada por PAQUITA, que es una señorita fósil y fea como un tiro, acaba de cantar un cuplet. Todos palmotean y piden que se repita. Si la actriz encargada del papel de Carola quiere lucirse e ir ensayando para ganar quinientas pesetas diarias como estrella de varietés, puede cantar cualquier cuplet en boga al simular la repetición, cosa que será muy conveniente y por lo que le quedarán muy agradecidos y seguros servidores el público y el autor.)

M. DUP. (Habla con marcado acento francés) ¡Bravo! Son ustedes la alegría de mi balneario. ¡Venga venga un tango o un garrotillo!

LUIS No, hombre, qué garrotillo. Ahora vamos a bailar una danza americana que está de mo-

da en Nueva York y que esta mañana después de la ducha he ensayado con estas señoritas. (Luis no emplea ningún acento americano.)

JOAQ. (Que renquea cómicamente.) Yo, a pesar del maldito reuma voy a bailar con usted. (A Carola.)

CAR. No, bailar, no. He cantado por complacer a ustedes. Tenga en cuenta mi reciente viudedad.

LUIS Baila, mujer, baila, que mi primo que está en gloria lo verá con muy buenos ojos. Venga, Paquita. Ya sabe, como esta mañana. Cadencioso y expresivo. (Forman tres parejas. Carola con Joaquín, Luis con Trini y Pepe con Eloisa, y bailan la danza americana más nueva, puesta a capricho por el director de escena con pasos sugestivos y bonitos.)

M. DUP. (Al terminar el baile.) ¡Tre bian, tre bian; pego basta de dansé, que ya saben que estas aguas son presisas del reposo.

JOAQ. Vamos, sí. Como todas las noches, lo que usted quiere es que nos demos una vueltecita por los caballitos.

PEPE Los caballitos entran en el régimen hidroterápico. ¿No es eso?

JOAQ. Y el dinero en la caja de este aprovechado fondista.

M. DUP. ¡Oh, la, la! Yo monto los caballitos por complaser a la benefisensia del gobernador y ver si así hase llegar la luz electricá y para buscar recreo a la clientela de este gran balneario, que por estar tan lejos de la capital y en pleno monte ne-esita recreos honestos.

LUIS Pues yo, como buen español, prefiero el monte a la ruleta.

M. DUP. Su amigo Arroyo siente verdadera debilidad por los caballitos.

LUIS ¡A quién se lo va usted a contar!

M. DUP. Dise que cuando pierde es cuando más se divierte.

LUIS ¡Ah, y yo!

JOAQ. Por cierto, ¿dónde está su simpático y espléndido amigo?

LUIS Ha ido de caza con unos bañistas.

M. DUP. Ahora precisamente acaban de llegar y han pedido una super comida.

LUIS ¿El qué?

M. DUP. Una comida super, que disen en España. Champagne, bordó...

LUIS Oiga, ejemplar hostelero, ¿no podría usted cambiar el burdeos por valdepeñas y el champagne por sidra?

M. DUP. ¡Oh, ya lo creo! Tengo una sidra fabricada en Asturias espesialmente para mesié Pelayo y un valdepeñas del tiempo en que San Juan expulsó a los moriscos de Alcázar.

LUIS No, fantasías, no Sírvales una cosa baratita que los tiempos están muy malos.

M. DUP. ¡Oh! Mesié Arroyo ha pedido una gran sena para los casadores para selebrar lo mucho que ha cobrado.

LUIS Bueno, pero es que él cobra y yo pago.

CAR. (Aparte a Luis.) Calla, hombre, calla, que vas a dar que sospechar.

LUIS Es que ese maldito hombre va a ser nuestra ruina.

JOAQ. (Que con todos los personajes que había en escena fué hacia el foro a buscar a Arroyo.) ¡Viva el intrépido cazador! (Avanzan todos hacia el centro de la escena, rodeando a Arroyo, Teodoro y Enrique, que vienen en traje de caza.)

TODOS ¡Viva!

TEOD. ¡Qué hazaña, señores, qué hazaña!

ENR. ¡Epica!

TEOD. Bebamos por el triunfo una copa de champagne.

ARROYO ¡Que descorchen!

M. DUP. Cuenten, cuenten la hazaña.

ARROYO Nada, señores, nada. La cosa no tiene nada de particular. Esto lo hacemos en Tupateca todos los días. Verán ustedes como a mi amigo Mozo no le asombra. Aquellas sí que son cacerías. ¿Verdad, Mozo?

CAR. (Aparte a Luis.) Hombre, que es a ti. Siempre te olvidas de tu apellido.

ARROYO ¡Ah, allí!...

CAR. Pero nos tienen ustedes intrigadísimos. Hablen.

ARROYO Otra copa. ¡Mozo!...

LUIS ¿Qué?

ARROYO No; le decía a éste, que me echase otra copa.

LUIS ¡Ah, ya!

TEOD. Salimos, como saben ustedes, con intención de escalar la montaña próxima, donde nos habían dicho los campesinos que había una manada de zorros que se comían el ganado y hasta las gallinas de los caseríos.

ENR. El intrépido Arroyo se brindó a dirigir la batida.

TEOD. Y hemos de confesar noblemente que al principio nos tiramos una plancha.

ENR. Le inferimos una ofensa que ha dado motivo a su heroica hazaña.

ARROYO Nada, hombre, nada. Pelillos a la mar.

TEOD. No, no. Verán ustedes. A poco de salir erró dos conejos y cogió una liebre.

ELOISA ¿A la carrera?

ARROYO Al saltar una tapia. Los señores se rieron de la puntería y de la costalada.

TEOD. Luego, cuando ya llevábamos dos horas de camino, él se tendía para aplicar el oído en tierra mientras nos mandaba escalar los cerros para dar batidas.

ENR. Al volver una vez creímos encontrarle dormido.

ARROYO Y era que cerraba los ojos para escuchar mejor. También les extrañaba que me quedase con la cantimplora de la caña cuando tú sabes que con la caña se desarrolla el olfato.

ENR. Y le quisimos quitar la cantimplora temiendo que con tanta caña pescase una merluza, pero no había dejado ni gota.

TEOD. Y surgió el incidente...

ENR. Me mandó a explorar unos matorrales próximos a un caserío y que servían de estercolero y basurero a los campesinos. Me preguntó desde lejos qué había entre la basura y le contesté que una escoba.

TEOD. El entonces, armando la escopeta, contestó: Cerca de la escoba deben andar los zorros.

ENR. Creímos que era pitorreo y le increpamos.

TEOD. El se picó y nos dijo que iba a escalar solo la altísima montaña que teníamos a la vista.

ENR. Le dejamos.

ARROYO Me dejaron sin almorzar porque se llevaron las provisiones.

ENR. Fué una falta de memoria.

ARROYO Fue una falta de aprensión.

TEOD. Y a nuestro regreso le hallamos casi en el mismo sitio, dormido sobre un montón de conejos y un hermosísimo e imponente oso.

CAR. ¿Un oso?

ELOISA ¿Le había matado él?

ARROYO A cuchilladas, a dentelladas. Como éste y

yo estamos acostumbrados a matar las panteras en Tupateca.

LUCAS El chasco de estos señores fué de ahupa.

TEOD. ¡No lo sabe usted muy bien!

ENR. El bromazo que quisimos darle nos resultó pesado.

JOAQ. ¿Por qué?

ENR. Hasta encontrar el coche que se había quedado esperándonos en la carretera yo tuve que cargar con el oso.

TEOD. Y yo con el cazador, que tenía una mona que le impedía andar.

LUIS Pues efectivamente, fué una broma pesada.

LUCAS ¿Y dónde está la fiera?

M. DUP. Aquí, en el vestíbulo. Vengan a vegla.

ENR. ¡Viva el intrépido cazador!

TODOS ¡Viva! (Vanse todos por el foro, menos Luis y Arroyo, que se quedan en primer término.)

ARROYO Oye, dame cien pesos y paga unas cuentecillas que te presentarán.

LUIS ¡Cien pesos! ¡Imposible!

ARROYO ¿Qué dices?

LUIS Que imposible. Esto es una ruina.

ARROYO Mira, no gastes bromas. Venga y apunta.

LUIS ¡Mil pesetas anteayer, otras quinientas anoche para los caballitos!...

ARROYO Apunta, apunta.

LUIS Es que yo me paso la vida apuntando y tú tirando.

ARROYO Tiro lo que me da la gana.

LUIS Y a mí no me da la gana darte un céntimo más.

ARROYO Bueno, basta. Voy a pagarte inmediatamente y así nos quitamos de discusiones.

LUIS ¿Hablas en serio?

ARROYO Completamente. Liquídame lo de los cafetales, te pagaré lo que me debes y en paz.

LUIS Hombre... si te pones así...

ARROYO Me pongo como me da la gana. Venga, venga la cuenta.

LUIS Te diré...

ARROYO La cuenta, Mozo, la cuenta.

LUIS Pero, Arroyito, hijo, si te lo decía por tu bien; porque estás gastando mucho... No te enfades, hombre, no te enfades.

ARROYO Bueno, no me enfado. Dame los ciento veinte pesos

LUIS Me habías pedido ciento.

ARROYO Se me olvidaba que debo veinte a la camarera por servicios extraordinarios.

TRINI (Volviendo con los demás personajes.) ¡Qué hermoso animal!

JOAQ. Yo nunca creí que hubiera osos por estas montañas.

M. DUP. Bian, mesiés, bian. La sena aguarda a los casadogues y los caballitos están abuguidos.

ARROYO Vamos, que después de haber matado ese oso tengo más hambre que una pantera.

ENR. ¡Pues mire usted que yo, después de haberle traído a cuestas!...

(Vanse todos por el foro derecha a excepción de Luis y Carola.)

LUIS (A Carola que va hacia el foro.) Oye, tú, haz el favor un momento.

CAR. Por Dios, ten prudencia.

LUIS ¡Caray, si es que estamos peor que unos novios con oposición de los padres!

CAR. Hay que evitar toda sospecha. Ya sabes lo que dice la tía.

LUIS No lo sé, pues llevamos tres días sin hablarnos más que por debajo del mantel a la hora de la comida

CAR. Pues dice que tengamos todo género de precauciones, porque le consta que la compañía de Seguros, aleccionada por varios timos que le dieron en Nueva York, tiene unos agentes especiales para perseguir los fraudes.

LUIS ¡Pero como a nosotros ya nos han pagado!...

CAR. No importa. Dice la tía que sabe positivamente que en nuestra antigua casa y en Ciempozuelos practicaron indagaciones, y que aquí nos están vigilando. Si alguien descubre la verdad vamos a la cárcel.

LUIS ¿Y quién puede ser el que nos vigile?

CAR. Yo sospecho que alguno de los que me galantean, Joaquín, Pepe Carrillo...

LUIS Nunca debimos venir a un balneario, a un sitio público ..

CAR. Tú has tenido la culpa. Tan bueno siempre y ahora salir con dispepsia y artritismo en cuanto te has visto con dos reales.

LUIS ¡Mira que es triste! Cuando no tenía dinero mi salud era de bronce y ahora que puedo comer me ponen a régimen...

CAR. De todos modos, estaríamos como en la

gloria si no se hubiese presentado ese dichoso Arroyo.

LUIS ¡No me lo nombres! Yo creo que toda mi dispepsia se la debo a él. Le tengo sentado en la boca del estómago. ¿Sabes lo que me lleva sacado en tres meses? ¡Cuarenta y dos mil pesetas!

CAR. ¡Y qué remedio, si tu primo tenía ese dinero suyo!

LUIS ¡Es que me canso de hacer el primo en todas las acepciones de la palabra!

CAR. Pues niégate a darle más dinero.

LUIS ¡Mujer, después de la hazaña del oso, cualquiera se pone a malas con él!

CAR. Tienes razón. Aparte de que si ese hombre se enterase de la verdad armaría un escándalo, nos descubriría y sabe Dios a dónde iríamos a parar.

LUIS A la cárcel. Eso no ofrece duda.

CAR. ¿Nos queda mucho dinero?

LUIS Unas tres mil posetas mal contadas.

CAR ¡El seguro ha sido para ese tío!

LUIS ¡Y para esto me he muerto yo!

CAR. Calla, que viene gente.

LUIS Oye, tú, ahora cuando todos se acuesten deja abierta la puerta de tu cuarto.

CAR. ¡No, no! Eso sí que no.

LUIS ¡Carola, que está llevando tu papel de viuda con un rigor que desespera!

CAR. Tengo que velar por mi reputación. ¡Qué dirían si te viesen salir de mi cuarto!

LUIS ¡Es que yo soy tu marido, caray!

CAR. Moralmente, no.

LUIS No, ni materialmente tampoco. Y en cuanto a tu reputación, tú no sabes cuánto te agradezco esta fidelidad de ultra tumba, pero te advierto que desde que se han enterado de que has sido tiple de opereta y de que eres heredera de veinte mil duros, se dicen y se piensan de ti unas cosas que yo en vida no las podría tolerar. ¡Ay que ver qué situación!

CAR. Terminará en cuanto espire el plazo marcado por las leyes y nos podamos casar.

LUIS ¿Y mientras tanto?

CAR. Seré fiel a tu memoria.

LUIS Mira, no seas romántica y espérame esta noche.

CAR. Bueno, ya veremos, pero sepárate, que viene Pepe Carrillo.

LUIS A ese fresco le voy a quitar yo el apellido de una bofetada.

CAR. Comprime tus celos que puede ser el que nos vigila por encargo de la Compañía de Seguros y estar haciéndome el amor para que tú saltes y te descubras.

LUIS Como que te dice unas cosas como para hacer saltar a un tullido.

CAR. Pues mira, finge que duermes y así te quitas de compromisos.

LUIS Pero no evito que te las diga.

CAR. Pero como parece que no las oyes no tienes por qué ofenderte.

LUIS (Sentándose en una butaca.) Es una filosofía a la que me estoy haciendo desde que soy marido sin serlo y que es la filosofía de muchos maridos que lo son...

CAR. ¡Chist!

(Luis finge dormir.)

PEPE ¿Sola?... ¿Sola? (Después de mirar a su alrededor y sin ver a Luis.) ¡Sí!

CAR. (Diciendo que no con la cabeza e indicando a Luis.) Mi...

PEPE ¿Dormido?

CAR. Sí.

LUIS (¡Refado! ¡Parece que van a solfear!)

PEPE ¡Dormido junto a usted! ¡Qué falta de cortesía!

CAR. O qué falta de sueño.

PEPE Salgamos al jardín Bajo la bóveda celeste, teniendo por testigos las estrellas, quiero decirle una vez más lo grande que es mi amor.

LUIS (¡Qué tío más cursi!)

CAR. Le ruego a usted que desista de su empeño o me veré obligada a decírselo a su esposa. Mi dignidad no me permite escuchar las galanterías de un hombre casado.

PEPE Es cierto. Nos separa un abismo. Pero si el obstáculo para el triunfo de nuestro amor es mi mujer, la suprimiremos. Mi amor es tan grande que no para mientes en el crimen.

LUIS (¡Qué bárbaro!)

CAR. ¡Calle usted, por Dios, hombre!

PEPE Suprimida mi esposa y viudos los dos podremos casarnos.

CAR. Tampoco. Mi esposo en sus últimos momentos me hizo jurar que me casaría con su primo.

LUIS (¡Me suprime a mí ahora!)

PEPE ¡Ah! Puestos en la pendiente del crimen, ¿qué importa una vida más?

LUIS (¿No lo dije? ¡Este hombre es una epidemia!)

CAR. No se canse usted ni diga más disparates.

PEPE ¿Se niega usted a saciar las ansias de mi abrasador amor?

CAR. Sí, señor. Me niego.

PEPE ¡Basta! He previsto también este caso. Lea usted estas cartas. (Da dos cartas a Carola.)

CAR. «Al juez de guardia. A Trinidad Carrillo.»

PEPE Lea usted lo que dicen esas cartas.

CAR. Me lo figuro: «que no se culpe a nadie de mi muerte»...

PEPE Yo no escribo vulgaridades. Lea usted. Mi despedida del mundo está en verso.

LUIS (¡Es el colmo de la inspiración!)

PEPE La del juez está escrita en endecasílabos. A mi esposa le dedico un soneto.

CAR. Vamos, tenga usted y déjeme en paz. (Deja las cartas sobre el velador.)

PEPE No. Usted es la depositaria de esas misivas. Dentro de media hora llamaré a la puerta de su habitación. Si usted me franquea la entrada las quemaremos juntos, no sin antes leerle a usted los endecasílabos, que me han salido redondos. Si usted no me abre

Del mundo salgo al levantar la tapa
de mis sesos con una plúmbea bala,

que comienzan diciendo mis versos. En sus manos quedan las cartas. La mía, como ve, oprime trémula el arma. (Muestra un revólver.) No tengo más que decir.

LUIS (¡Caray, a ver si se le dispara!)

CAR. Escuche usted, hombre...

PEPE Ahí, sentado en esa misma butaca (Apunta con el revólver para señalar la butaca donde está Luis.) esperaré a las diez. Ya lo oye usted: a las diez.

LUIS (¡Rediez, que me apunta!)

CAR. No... Oigame usted... No se coloque ahí a la puerta de mi cuarto que daría que sospechar. A las diez espéreme usted en el jardín, junto a la parra.

PEPE — A las diez allí estaré .. Pero si sonase la última campanada y no estuviese usted a mi lado

Del mundo salgo al levantar la tapa
de mis sesos con una plúmbea bala.

(Mutis derecha.)

LUIS — Oye, ¿por qué le has citado junto a la parra?

CAR. — No seas alcornoque, hombre. ¿No ves que si no le cito en el jardín se sienta ahí y nos da la noche?

LUIS — ¡Ah, ya!... Pero, oye: ¿Tú crees que no se matará?

CAR. — No tengas cuidado. Estos que hacen el amor a lo Borrás son inofensivos. Voy a dar una vuelta por el salón para que no se murmure de mí.

LUIS — ¿Entonces?...

CAR. — Cuando todos se acuesten y se quede esto solo llama despacito a la puerta de mi cuarto y te abriré. Pero por Dios, que no te vea nadie. Mira que nos jugamos la felicidad.

LUIS — Descuida.

CAR. — (Dirigiéndose hacia el foro derecha.) Tú debías irte a la sala de lectura a dejarte conquistar por Paquita y su papá.

LUIS — ¡No me nombres a esa niña!

CAR. — Está loquita por ti. Y el padre, como te cree un indiano riquísimo y soltero te ha puesto los puntos y no para hasta que te case con la niña. (Riendo.) Oye, a tiempo estás. Civilmente eres libre. Cásate con ella y llévatela a Tupateca.

LUIS — ¡Mira, no me gastes bromas, que estoy de la niña y del papá ferocce y calderoniano hasta más arriba de la coronilla.

CAR. — (Hace mutis riéndose.) ¡Cá, eso me lo dices para que no tenga celos, pero a ti te gusta!

LUIS — Era lo único qne me faltaba, tener que dejarme hacer el amor por semejante cacatúa.

M. DUP. — Mesié Mosó, ¿está usted desocupado? (Foro derecha.)

LUIS — ¿Qué hay?

M. DUP. — Unas cuentas de su amigo Arroyó que tengo que cobrarle.

LUIS — ¿Y qué cuentas son esas?

M. DUP. — Las de la casería.

LUIS — ¡Ah! ¿La cena?

M. DUP. — La sena se han empeñado en pagarla a des-

cote los casadores y a usted le corresponde un tersio. Siento veinte pesetas.

LUIS ¿Ciento veinte pesetas? Me parece que en ese tercio ha puesto usted banderillas.

M. DUP. Otras dos cuentas me ha mandado mesié Arroyó que le pague y que le cobre.

LUIS ¿Dos cuentas? ¿De qué? A ver.

M. DUP. De la casería. Aquí tiene. (Le da dos cuentas.)

LUIS (Leyendo una.) Por una liebre, tres pesetas. Por doce conejos, quince pesetas... Pero, qué es esto?

M. DUP. Las piesas que le mató el dueño del caserío para que quedase bien con les amis.

LUIS ¡Ah! ¿Entonces ese sinvergüenza no ha matado nada?

M. DUP. ¡Oh, ya lo creo que ha matado! Ya verá, ya verá. Regardé. Regardé.

LUIS «Un conejo con tomate, tres pesetas»... ¡Hombre! ¿También los ha matado guisados?

M. DUP. Ese es el que se almorsó. Siga, siga.

LUIS (Dobla la cuenta que leia y abre la otra.) «He recibido de don Tiburcio Arroyo la cantidad de cuatrocientas pesetas como indemnización por haber matado al ser que mantenía a toda la familia...» Pero, ¿qué es esto?

M. DUP. El oso.

LUIS ¡Que bárbaro!

M. DUP. ¿Ve cómo sí había matado algo?

LUIS Ya lo creo, me ha matado a mí. Pero ¿este animalito?...

M. DUP. Le llevaba una familia de bohemios para ganarse la vida... Mesié Arroyó le vió suelto, dispagó...

LUIS Y por primera vez en su vida, acertó.

M. DUP. ¿Qué hago con las cuentas?

LUIS Páguelas y únalas a la general.

M. DUP. Muy bien. Ahoga tiene usted que darme para una vaca.

LUIS (Dando un salto.) ¿También ha matado una vaca?

M. DUP. ¡Oh, qué calambur! Una vaca paga los caballitos. Mesié Arroyó me ha dicho que me dé usted veinte luises.

LUIS ¿Veinte luises? (Saca un billete.) Dele usted estos veinte Amadeos y que me deje en paz.

M. DUP. A tantó, mesié. (Mutis foro izquierda.)

LUIS Nada, que he hecho las diez de últimas con

el americanito de los demonios. Si a mí me cuentan que me iba a asegurar la vida a costa de la muerte y que luego un vivo iba a amargármela, digo que es una película. ¡Vamos, que estoy que me daba de punteras a mí mismo!

LUCAS (Con Paquita, por el foro.) Mírale. Ensayando otra danza.

PAQ. ¿Ensayaba usted algún paso nuevo?

LUIS Sí, señorita... El paso de la amargura.

LUCAS Usted, siempre tan gracioso. Paquita me lo estaba diciendo ahora. ¡Qué salado es ese mozo!

LUIS Muchas gracias.

LUCAS Porque le advierto que la niña tiene verdadera debilidad por usted.

LUIS ¿Sí? ¡Caramba, hombre, caramba!

PAQ. Papá, no me saques los colores.

LUCAS Desde que le ha conocido y usted la ha hablado de los negros que tiene en su ingenio, de las plantaciones de caña, las palmeras y las fábricas de tabaco, está verdaderamente fascinada. Esta tarde, durante la siesta, la oí murmurar: ¡Palmas y tabacos, palmas y tabacos!

LUIS ¡Soñaría con una corrida de toros!

LUCAS No, no lo tome usted a broma. En la biblioteca busca todos los libros y publicaciones que hablan de América, y antes, mostrándome unos paisajes tropicales de la *Ilustración*, me decía: «¡Bello país debe ser el de América, papá!»

LUIS Pues cuídela usted, que eso puede ser grave. (Paquita lanza un ridículo suspiro y Luis se aparta de su lado.)

LUCAS Lo sé, caballero, lo sé. La infeliz pertenece al bello sexo y esa es su desgracia.

LUIS Pues yo creo que nada tiene que envidiar al sexo feo.

LUCAS La libertad. El derecho a decir que ama. ¿No es triste que la mujer se enamore de un hombre, y pudorosa, tenga que reprimir sus suspiros y ahogar sus lágrimas al ver que su pasión no es comprendida?

(Paquita vuelve a suspirar mirando tiernamente a Luis.)

LUIS (¡Se me va a declarar y voy a tener que darle calabazas!)

LUCAS Y esta hija mía, que tiene toda la sangre de los Verduguillos, tan dignos y tan celosos de su honor, ni aun a mí me ha revelado su secreto. Sé que ama y no sé a quién. Sé que su alma se tortura y no adivino quién es el ingrato que desdeña su belleza y su ternura.

PAQ. Ni lo diré, papá. Si él no adivina mi amor, mi secreto me acompañará a la tumba. Me retiro. (Medio mutis.)

LUCAS (Aparte a Luis.) Temo que en un momento de desesperación se suicide.

PAQ. Papá. Dame una caja de fósforos.

LUIS ¡No, señorita, no haga usted disparates!

PAQ. No tema usted. Es para encender la palmatoria de mi cuarto. (Don Lucas le da una caja de cerillas. Paquita abre la puerta de la izquierda señalada con el número 20, enciende una vela, sale y devuelve la caja a su padre.) Adiós, papá.

LUCAS Acuéstate, hija mía.

PAQ. (Mirando tiernamente a Luis.) Adiós, caballero.

LUÍS Acuéstese usted. (Paquita hace un mutis bertinesco por la puerta número 20 y cierra.)

LUCAS ¡Ay, infeliz! ¡Cuánto daría por saber quién es el que le roba la calma!

LUIS ¡Vaya usted a saber!

LUCAS Por más que aunque lo supiese nada adelantaríamos. Un Verduguillo jamás se humillaría a decir a un caballero: «Mi hija le ama a usted. Cásese con ella que es una verdadera santa. Guisa de un modo celestial. No es rica; pero tiene un mediano pasar. Su salud es excelente. Le dará hijos sanos y robustos...» No, no. Jamás le diría yo eso a nadie. Jamás.

LUIS Y hará usted muy bien, ¿eh? Porque si después de dejarle a la niña le hiciese a usted un feo, era para suicidarse.

LUCAS ¡Ah! Si yo me atreviese a dar ese paso y se me despreciase, ¡ya podía temblar el desmenguado! Sería fiero, implacable, cruel. Y no digamos si un infame le vendiese un fingido amor y la burlase! ¡Oh, no quiero ni pensarlo!

LUIS No se exalte usted que no llegará ese caso.

LUCAS ¿Mi hija burlada? ¿Desgraciada para siempre y enturbiada la sangre de los Verduguillos? Mi venganza sería calderoniana.

LUIS Le repito que con su hija no se atreve nadie.

LUCAS ¿Subimos hacia nuestras habitaciones?

LUIS Bueno, subamos; pero yo no voy a acostarme todavía.

LUCAS Nos entretendremos conversando en el mirador. Parece que está la noche de tormenta y a mí la tempestad me encanta. ¿No le gusta a usted la tempestad?

LUIS El rayo es el que me hace más gracia. (Mutis foro izquierda.)

ARROYO (Por el foro derecha con Enrique y Teodoro.) En esta fonda hay más gatos que huéspedes. Vamos a darles una batida por el jardín en la forma que les he dicho y podrán forjarse la ilusión de que asisten a la cacería de tigres que acabo de describirles.

ENR. La idea es magnífica.

TEOD. Nos vamos a divertir mucho.

ENR. Y nos despejaremos con el fresco, pues la verdad, hemos bebido un poquito más de lo justo.

ARROYO Vamos á recoger las escopetas que se han quedado en el vestíbulo.

TEOD. ¡No vamos a dejar ni un gato! ¡Menuda broma le vamos a dar al fondista!

ARROYO Bueno; pero para que no nos la devuelva, en una semana no hay que comer ningún guiso de liebre que nos presenten en la mesa. (Mutis los tres por la derecha.)

RAMÓN (Sale por el foro izquierda.) Descabezaré aquí un poco el sueño mientras a mi mujer le da la gana de dejar los dichosos caballitos. (Se sienta en la butaca de izquierda y dormita. Esta butaca es bajita, con alto respaldo y apoyos laterales para la cabeza, está colocada entre un velador que tiene macetas y la izquierda, lo más oculta posible, a la vista de todos.)

(Sale CAROLA por el foro derecha, seguida de JOAQUÍN, que viene renqueando.)

JOAQ. Un momento, bella Carola.

CAR. Por Dios, hombre, que su señora está ahí despidiéndose de sus amigas y si nos sorprende sabe Dios lo que podría pensar.

JOAQ. Los versos han tenido la culpa.

CAR. ¿Qué versos?

JOAQ. Los de ese idiota de Carrillo. Le he visto en la sala de lectura contando sílabas con los dedos y consultando el diccionario de la

rima. Adiviné que le estaba haciendo una declaración en verso y no he querido ser menos.

CAR. ¿También usted?

JOAQ. Por eso me he entretenido. Se me atravesó el último soneto. Tenga usted

CAR. ¡Por Dios, déjeme de versos!

JOAQ. Bueno, como el tiempo urge, le diré en prosa lo que le expreso en las rimas, pero prométame leerlas luego, porque me han salido campoamorianas. La amo a usted. Mi pasión no ha nacido ahora al calor de este manantial sulfuroso. La amo a usted desde que triunfaba en el teatro de Eslava en la picaresca Julieta de *El Conde de Luxemburgo.*

CAR. Le suplico que me deje y se retire.

JOAQ. No me iré sin que usted me prometa que esta noche hemos de cantar juntos aquello de:

«Dame un beso de amor.»

CAR. ¡No, señor!

JOAQ. ¡Eso, eso! Usted se niega, yo la persigo, bailando, y ¡chás, chás! Como en Eslava.

CAR. ¿Quiere usted dejarme en paz?

JOAQ. No. Esperaré aquí a que todos se acuesten, me sentaré a la puerta de su cuarto... Y plaza sitiada...

CAR. ¡No, ahí no!... Espéreme usted en el jardín... Junto a la fuentecilla...

JOAQ. ¿Irá usted?

CAR. En seguida.

LUIS (Que entra en este momento.) (¡Otro! ¡Y le cita en la Fuentecilla! ¡Yo voy a parar en Leganés!)

JOAQ. No falte usted.

CAR Descuide.

JOAQ. ¡Oh, qué felicidad! (Vase por la derecha medio bailando y cantando.)

«Dame un beso de amor...»

LUIS ¡Le has dado una cita!

CAR. ¡Como al otro, hombre, como al otro!... Para que nos dejen el campo libre. Me amenazaba con sentarse ahí.

LUIS Oye. (Señalando a don Ramón.) ¿Ese también?

CAR. No, hombre. Don Ramón, según su costumbre, se ha dormido en cuanto se ha sentado. Anda, vete... Y cuando apaguen las luces... ya sabes...

LUIS — Sí. (Carola entra en su cuarto, 21, enciende una vela y cierra.) No hay que negar que esta cita furtiva con mi propia mujer tiene un sabor romántico y una originalidad... (Vase por el foro derecha.)

(Sale un CAMARERO, se sube en una silla y simula apagar el quinque o las velas del aparato central. La escena queda alumbrada muy débilmente por las velas del piano. La parte izquierda está envuelta por completo en la oscuridad. Dentro, mientras efectúa esta operación el mozo se oye dentro a ELOISA, TRINI y alguna señora más que comentan sus pérdidas en los caballitos y se despiden.)

TRINI — (Saliendo.) Yo no he perdido más porque desapareció de pronto mi marido y se me acabó el dinero.

ELOISA — Yo he estado de suerte.

TRINI — Bueno, señoras, hasta mañana. Yo voy a acostarme. (Vase por el foro izquierda.)

ELOISA — (Despidiéndose de algunas señoras y caballeros que pasan y hacen mutis por el foro izquierda.) Yo también voy a subir, porque no veo a mi marido. Se conoce que ha decidido subir a acostarse, sin despedirse. (Mutis por el foro izquierda. Solo queda en escena don Ramón, durmiendo.)

M. DUP. — (Con un Camarero, que trae en la mano un farol.) Garsón. Va apagá tut y deja el farol en el vestíbulo por si algún huesped ha salido y tú acuéstate de guardia en la port. Ademen. (El Camarero apaga las luces del piano y vase por la derecha. Dupont vase por el foro derecha, diciendo al fijarse en don Ramón:) Dogmigá así por los insectos.

(La escena queda otro instante sola y completamente a oscuras.)

REM. — (Con una cerilla en la mano y resguardándola del viento con la otra. Sale del foro derecha y se dirige a su cuarto, el número 22, sin ver a su marido.) Pero, ¿dónde demonios se habrá metido mi marido? Como no esté en nuestro cuarto, es que le ha pasado algo. (Entra en su cuarto.)

ELOISA — (Por el foro izquierda, con una vela encendida.) ¡Tampoco está en nuestra habitación!

TRINI — (Por el foro izquierda, con otra vela.) ¿Qué hace usted, Eloisa?

ELOISA — ¡Que no encuentro a mi marido por ninguna parte!

TRINI — ¡Y yo no veo al mío desde hace una hora!

ELOISA ¡Yo sospecho!...

TRINI ¡Y yo lo mismo que usted!

ELOISA Que esa viuda.. alegre me le ha levantado de cascos.

TRINI Yo he notado que mi Pepe lleva tres días sin comer y hablando solo...

ELOISA ¡Lo mismo que el mío!

TRINI ¡Nos engañan!

ELOISA Sí... Pero a las dos a un mismo tiempo me parece muy raro.

TRINI ¡Calle!... Pasos... ¡Apague usted!

(Apagan las velas.)

(Luis aparece cautelosamente. Anda despacio, sorteando los obstáculos. Tropieza con el piano abierto y sin querer hace sonar unas notas. Al llegar frente a la puerta del cuarto de su mujer, el 21, enciende una cerilla para mirar el número, la apaga en seguida y llama con los nudillos. La puerta se abre, él entra rápidamente y cierra. Eloisa y Trini lo han espiado todo ocultas cerca del piano. Doña Remedios ha salido también en este instante.)

ELOISA ¡Mi marido!

TRINI No, no trate usted de engañarme piadosamente. Era el mío.

REM. ¡No! Era el mío.

ELOISA ¿Eh?

(Encienden las velas.)

REM. ¿Ustedes?

ELOISA ¿Sospecha usted que su marido?...

REM. Tengo la evidencia. Ese vejestorio me engaña con esa perdularia que ha sido tiple. No está en nuestro cuarto y le he visto entrar en ese, en el de la viuda.

TRINI Escuchemos en la puerta. Apague la luz. (Apagan las luces y Trini mira y escucha por el agujero de la llave del cuarto de Carola.) ¡Chist! No se la ve más que a ella.

ELOISA ¿Dónde está?

TRINI Sentada junto al tocador.

ELOISA ¡Ah!

TRINI ¡Chist! (Escucha un momento.) Le está diciendo: «Yo creo que cacatúa y todo tú estás chiflado por ella...» ¡No es mi marido!

REM. ¡No es mi Ramón!

ELOISA ¡Silencio! Parece que habla él. (Escuchan todas. Se oye llover torrencialmente y se ve algún relámpago, seguido de lejano trueno.)

REM. ¡Qué tormenta!

TRINI — El ruido de la lluvia no deja oir la voz de él.

ELOISA — (Que mira y escucha.) Ahora está ella de pie y él sigue en la parte que no se ve desde el agujero... ¡Ay!... ¡Horrible!... Meditan un crimen... Ella le ha dicho: «Tú, si quieres, puedes ser viudo y libre. En tu mano está serlo y entonces te puedes casar con quien quieras...» ¡Y se reía siniestramente al decírselo!

TRINI — ¡La quiere asesinar! ¡Pobre amiga!

ELOISA — No... A usted, desgraciada.

REM. — Sí... A una de ustedes!...

TRINI — ¡Silencio, por Dios!

ELOISA — ¡Andan en la puerta!

TRINI — Escondámonos.

(Se esconden.)

LUIS — (Abriendo la puerta con gran sigilo y hablando con el aliento.) ¡No hay nadie!

CAR. — (Muy bajito también.) He oído voces. Vete, vete, por Dios, que nos comprometemos.

(Cierra la puerta y Luis se va a dirigir hacia el foro.)

REM — ¡Alto, miserable!

(Las tres mujeres avanzan hacia él, viniendo desde el foro y la derecha y tratando de encender cerillas, que por la rapidez con que lo hacen, se apagan. Luis, al verse acorralado trata de huir y se mete en el cuarto de Paquita, número 20, y cierra.)

ELOISA — ¡Encíendan ustedes que se nos escapa!

RAMÓN — (Despierta y se pone en pie.) ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

(Las tres mujeres logran encender las velas y como fieras se abalanzan sobre don Ramón, que está en la parte de la izquierda.)

REM. — ¡El!

ELOISA — ¡No era Joaquín!

TRINI — ¡No era Pepe!

REM. — ¡Infame! ¡Monstruo! ¿Conque soy una cacatúa? ¿Conque quieres asesinarme para quedarte viudo?

RAMÓN — ¿Qué tonterías dices?

REM. — ¡Asesino!

(Se siente llover con más fuerza y los relámpagos se hacen más intensos.)

M. DUP. — (Saliendo a medio vestir.) ¿Ques que se la? ¿Qué escándalos en muá mesón?

TRINI — Nada, mesié Dupont; doña Remedios que ha sorprendido a su esposo saliendo del cuarto de la viuda.

RAMÓN ¿Yo del cuarto de la viuda? ¡Ojalá! Digo, quiá.

LUCAS (Con pantalón y sobre él un largo camisón de dormir, con gorro de algodón y un revólver.) ¿Qué pasa? ¿Hay fuego?

RAMÓN (Que huye de su mujer.) Te juro que soy inocente.

LUCAS Pero, ¿qué pasa, que dan ustedes esos gritos?

(Salen más huéspedes a medio vestir.)

PAQ. (Sale de su cuarto corriendo. Viste un largo y ridículo salto de cama y lleva la cabeza llena de papeles para rizos.) ¡Socorro! ¡Un hombre!

LUCAS ¡Hija mía!

PAQ. Estaba acostada, sentí gritos, encendí la luz y vi un hombre detrás de la puerta.

LUCAS ¿Un hombre? ¿Dónde está? (Revólver en mano va a entrar en la habitación y en la puerta aparece LUIS.)

LUIS ¡No tire usted, que soy yo!

LUCAS ¡Ah!

TRINI ¡Mozo!

ELOISA ¿Qué es esto?

LUCAS ¿Usted el seductor de mi hija? ¡La honra de los Verduguillos por los suelos! ¡Engañada y burlada la infelice! ¡Enloquezco! (En latiguillo.) Una nube de sangre ciega mis ojos, mi mano tiembla. No descansaré hasta que gota a gota me haya bebido la sangre del que me humilla, me afrenta y me escarnece...

LUIS Hombre, no se ponga usted así, yo le explicaré...

LUCAS ¡Ah! ¡Basta! No diga usted más. Desde el momento en que usted noblemente se brinda a reparar la deshonra de mi hija, casándose con ella, tengo que sellar mis labios.

LUIS ¡Ay! (Cae desmayado en una butaca.)

PAQ. ¡Se ha desmayado de alegría!

CAR. (Que estaba en la puerta de su cuarto, sin atreverse a salir.) ¡Eso no puede ser!

(Todos se vuelven.)

TRINI ¡Ella!

REM. ¡La muy pécora! ¿Conque yo soy una cacatúa?

CAR. ¡Usted sabrá, señora. ¿A mí qué me cuenta usted?

TRINI (Que lee las cartas que encontró sobre el velador.) ¡Ay! ¡Ay!... ¡Mi marido! ¡Era mi marido! ¡Aquí había unas cartas suyas para el juez

de guardia y para mí! ¡Se va a suicidar! ¡Se va a suicidar por esa mujer!

CAR. No tenga usted cuidado, que no llegará la sangre al río. Su esposo de usted me hacía el amor por lo trágico y me amenazaba con suicidarse si no le abría la puerta de mi cuarto.

TRINI ¿Y usted?...

CAR. Para que me dejase en paz le cité en el jardín y allí debe estar esperándome.

REM. ¡Claro, como esperaba usted a mi marido!...

CAR. ¡Señora! ¿Iba yo a hacer caso a semejante vejestorio?

REM. Oiga usted, poco a poco, que no es para que usted le desprecie de esa manera.

RAMÓN Bueno, no vayáis a reñir ahora por mí.

CAR. Respecto a lo que aquí ha ocurrido yo lo explicaré todo. (A don LUCAS.) Usted no sueñe conque ese se case con su hija.., porque me tiene dada a mí palabra de casamiento.

LUCAS ¿Qué dice usted?... ¡Ah, pues en cuanto vuelva en sí le saltaré la tapa de los sesos.

LUIS (¡Ah, pues no vuelvo!)

LUCAS Y si tarda en volver, le mataré así como a un gato.

LUIS (¡Santa Rita, desvíale la puntería!)

TRINI Pero mi marido... Estas cartas... Se suicida, le conozco... (Suena un tiro dentro.) ¡Ay!

LUIS ¡Ay! (Se levanta corriendo.) ¡No tire usted!

LUCAS ¡No he sido yo!

TRINI ¡Pepe de mi alma! (Otro tiro.) ¡Ay!

(Todos se quedan fríos.)

LUCAS ¡No se habrá acertado!

(Dos tiros seguidos. Otra pausa. Los personajes adoptan cómicas actitudes de terror.)

LUIS ¡Se está poniendo la cabeza como una criba!

TRINI ¡Dios le haya perdonado!... Pero usted, ¿por qué no le hizo caso? ¡Usted tiene la culpa!

CAR. ¡Señora!...

(Dos o tres tiros seguidos.)

LUCAS ¡Pero ese hombre se está fusilando!

CAR. ¡Ay!... No... Ahora recuerdo... Es que en el jardín tenía citado también al otro... A su esposo de usted...

(Nuevos tiros.)

ELOISA ¡Ay, Joaquín de mi alma!

LUCAS Por las descargas deben ser más los que se están suicidando por usted!

LUIS ¡Un regimiento!

ELOISA ¡Corramos!

M. DUP. ¡Vamos al jardín!

(Todos se dirigen hacia la derecha, en el momento en que aparecen por dicho término JOAQUIN, que casi puede andar, y Pepe, chorreando agua y muy mustios.)

ELOISA ¡Ay!

TRINI ¡Ah!

ELOISA ¡Vivo!

TRINI ¡No te has matado!

EOISA ¡Infame!

PEPE Pero, ¿qué pasa?

TRINI ¡Que lo sabemos todo! ¡He leído tus cartas! ¡No tienes valor ni para matarte!

PEPE ¿No? ¡Un revólver! ¡Venga un revólver!

LUCAS Tenga usted.

PEPE ... No me mato esta noche, porque creo que he cogido una pulmonía, pero si salgo...

M. DUP. Pego, ¿quién tigoteaba pog el jagdín?

JOAQ. No sé. A mí me han dado una perdigonada en... en la fuentecilla...

ARROYO (Con Enrique y Teodoro.) ¿No hemos dejado ni un gato!

M. DUP. ¡Misegable! ¡Mis gatós!

ARROYO Yo no he matado más que uno.

M. DUP. Me dagá mil francos pog cada animalito, como indemnisasión.

ARROYO Bueno. Que se los dé mi tesorero.

LUCAS Y usted, o da ahora mismo su palabra de casamiento o le levanto la tapa de los sesos.

CAR. ¡No, eso nunca!

ARROYO ¡Ah, ahora va bien!

LUIS ¡Ea! ¡Ya me he cansado yo! ¡Querían ustedes que me volviese loco y ya me he vuelto! ¡Venga esa escopeta! (Arrebata la escopeta a Teodoro.) Ni me caso con ese loro, ni pago un céntimo, ni nadie hace ya más el amor a esta mujer! (Apunta a unos y a otros y todos escapan corriendo dejando solos en escena a Carola y Luis.)

CAR. ¿Te has vuelto loco?

LUIS ¡No! Pero di a todos que lo estoy y mañana salimos huyendo.

CAR. ¿Y a dónde vamos a ir?

LUIS ¡A Tupateca, y que sea lo que Dios quiera! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Trozo de jardín de la finca de Carlos Mozo, en Tupateca.

A la izquierda fachada de la casa con puerta y ventanas practicables. El piso del chalet está en un plano superior al del jardín y se desciende a él por una escalinata de tres o cuatro peldaños. También puede haber delante de la puerta una terraza con balaustrada de madera y tejadillo.

Palmeras y plantas tropicales. De las palmeras cuelgan dos hamacas, y en el jardín hay un par de gandulas de lona o paja y un velador.

La entrada al jardín, desde el exterior de la finca, se supone que está en la derecha.

—

(Al levantarse el telón, amanece. CAROLA y LUIS aparecen durmiendo en las hamacas. Visten trajes claros muy ligeros. Los negritos PANCHITO y TOM, sentados junto a las hamacas, les mecen y les dan aire con grandes pay-pays. Dentro se oye una dulce canción mejicana. Un momento de pausa hasta que se extingue la canción y aumenta la luz.)

LUIS (Entre sueños.) ¡Que pare el vapor que voy a apearme!... ¡Cobrador, ahora le pagaré que voy a cambiar!

TOM Panchito, no agites al amo, que le dan pesadillas.

PAN. Oye, ahorita habrá que despertarle que está amanesiendo.

TOM Voy por el revólver.

PAN. Escucha. ¿No se asustará el amita blanca si le llamamo con un tirito? Ella no estará acostumbrada, pues creo que en su país son

tan delicaditos que para llamar tienen campanillas.

TOM No te aflijas, compañerito. Anoche cuando se acostó le pregunté si le llamaba como siempre y me dijo que clarito. Voy por el revólver.

(Panchito sigue abanicando y meciendo a Luis y Carola. Ha amanecido por completo. Tom vuelve con el revólver.)

LUIS ¡Capitán, que se pare otra vez el vapor, que yo me mareo!

TOM Ya es día claro. Vamo a despertarle. (Dispara.)

LUIS ¡Ay! ¡Un submarino! ¡Un torpedo!

CAR. ¡Socorro!

PAN. ¡No se asuste, mi amo!

LUIS ¿Qué es esto? ¿Quién ha tirado?

TOM He sido yo, mi amo.

LUIS Pero ¿qué pasa?

TOM Que ya ha amanesido y le despertaba, mi amo.

CAR. Oye, pero ¿es que aquí usan un revólver como despertador?

TOM (Que con Panchito recoge las hamacas.) Es la costumbre, amita blanca. Anoche le pregunté al amo si le llamaba como siempre, y me dijo que bueno.

LUIS Está bien, hombre, está bien.. Yo no me he asustado, ¿sabes? Figúrate si estoy acostumbrado... Es que me he sorprendido porque creí que era un negro que estaba tirando al blanco... y le iba a poner verde... Anda, dí que nos preparen el desayuno.

(Vanse los dos negritos llevándose las hamacas.)

CAR. Sabes que son bastante bárbaros en este país.

LUIS Calla, mujer, que todavía me dura el susto. Yo creí que mi primo exageraba cuando me decía que esta gente, de costumbres sencillas y primitivas como los cow-boys, resolvían a tiros todas las cuestiones; pero por lo que voy viendo aquí emplean el revólver hasta para cortarse las uñas.

CAR. ¿Terminaste la carta para la tía?

LUIS Sí, hija, anoche. Como no me dejaban dormir el calor y los mosquitos, me entretuve en escribir. ¡Y luego nos quejábamos del verano de Madrid!

CAR. ¿Y qué le dices?

LUIS (Sacando una carta del bolsillo.) «En el balneario se armó un escándalo formidable.»

CAR. Eso ya me lo leíste anoche.

LUIS (Leyendo entredientes.) «Las mujeres los espiaban... Llovía torrencialmente... Ellos que se habían calado... El padre dos tiros... Arroyo, un sablazo... El fondista, dos tortas...» Aquí está lo nuevo. «Nosotros nos encerramos en nuestro cuarto, y en el vestíbulo, el padre y la hija, los maridos y sus mujeres; el fondista y los cazadores de gatos armaron tal contienda, que temimos que se resintieran los cimientos del edificio. Aprovechando la confusión, y antes de que todos los beligerantes la emprendiesen contra nosotros y nos hiciesen picadillo, Carola y yo saltamos por una ventana, y durante tres horas corrimos más que el Gallo en toda su vida. Al amanecer divisamos la estación del ferrocarril, y momentos después tomamos el Correo, que sanos y salvos, aunque agujeteados y hambrientos, nos dejó en la Coruña.»

CAR. Dile que como el vapor zarpaba aquella misma tarde, no tuvimos tiempo de escribirle.

LUIS Se lo digo antes. (Sigue leyendo.) «Ayer desembarcamos en Tupateca, después de una travesía de cuyos pormenores la hago gracia, y durante la que debo haber hecho la felicidad de todos los peces del Oceano, y esta noche hemos llegado al ingenio de mi difunto primo y hemos tomado posesión de la finca con la mayor frescura, aunque el calor nos molesta bastante. Pensamos pasar la noche en dos butacas o en las hamacas, y mañana visitaremos la posesión, que debe valer una millonada y es un verdadero Paraíso...»

TOM El desayuno, mi amo, con tamalitos de huevo.

LUIS Déjale ahí y vete.

TOM Que le aproveche. (Mutis por la casa.)

CAR. Sigue leyendo.

LUIS «Nos molesta bastante. Pensamos pasar la noche en dos butacas...»

CAR. Más adelante. Estabas en el Paraíso.

LUIS Creí que me había quedado en las butacas. Bueno, termino diciéndole que si nadie nos

descubre vamos a vivir en la gloria, en la paz y tranquilidad de este país encantador...

CAR. Oye, ¿sabes que están buenas estas tortas?

LUIS ¿Los tamalitos? ¡Cosa rica! Y esto es chocolate y no el ladrillo que tú me dabas en Madrid.

TOM Mi amo. Ahí está Coralito, la criolla, que acaba de llegar rendidita de su rancho.

LUIS ¿Coralito? ¿Que acaba de llegar Coralito? (A Carola.) Oye, tú, que acaba de llegar Coralito. (Aparte.) Pregúntame, mujer, pregúntame quién es Coralito para no tirarme una plancha.

CAR. ¿Quién es Coralito?

TOM Ya el amo lo sabe, amita. El se lo dirá. Se enteró por el potrero de que anoche habían llegado sus mersedes y en cuantito ha roto el día ha venido corriendo a la vega.

LUIS Bueno, ¿y qué quiere?

TOM ¡Qué cosa pregunta el amo! Verle aseguidita. ¿La digo que pase o va el amo a recibirla?

LUIS No, que pase aquí. (Vase Tom.) Hasta que vaya conociendo a la gente vamos a tener cada compromiso...

CORAL (Viene de la casa. Es una muchacha muy guapa, morena, muy morena, pero de ningún modo mulata. Viste blusa blanca con pañuelo rojo, falda oscura, media color café y zapato de color.) ¡Carlos de mi alma! (Se abraza a Luis.) Creí que no volvías más, lusero de la tarde, y los ojos se me secaban de llorar tu ausencia y los labios se me desbasían de pronunciar tu nombre, dulse como la banana. (Su acento es meloso y lánguido.)

LUIS (¡Repiña!)

CAR. (¿Qué es esto?)

CORAL ¡Qué ganitas tenía de abrasarte!

LUIS ¡Pues y yo, hija mía! (La vuelve a abrazar.)

CAR. (¡Esta sí que es buena!)

CORAL ¡Qué felisidad tan grande volverte a hallar, palmerita juncal! (Le abraza.)

CAR. (Tirando de Luis, le dice aparte.) Oye, tú, que no te abrace más o prueba los dátiles. A ver quién es.

CORAL Ven acá y no te separes de mi verita.

LUIS Es que me preguntaba quién eres.

CORAL ¿Y quién es ella?

CAR. Yo soy...

LUIS La viuda de un primo mío, ¿sabes? La pobre se quedó sola y me la he traído.

CORAL Ah, ya. Me tranquiliso.

LUIS Pero, anda, dile quién eres tú, que a mí me da vergüenza.

CORAL A mí también me avergüensa. (Se abraza a Luis ocultando la cara.)

LUIS (¡Valiente sinvergüenza era mi primo!)

CAR. Bueno, pero acabemos de abrazarnos. ¿Quién es?

LUIS Pues... Ya lo ves... Una americana.

CAR. ¿Americana? ¡No le pongas mangas!

CORAL Sí, galleguita, tupatecana. Nasida en el inmediato rancho del río.

LUIS (¡A esta ranchera la asciendo yo!)

CAR. Pues debe usted marcharse en seguida no sea que estén intranquilos en casa.

CORAL ¡Qué me dise! Me hé escapado del rancho sin que me viera el viejito para venir en busca de Carlos, y si volviese me mataría.

CAR. ¡Ah! ¿Sí?

LUIS Ya lo oyes, se va a tener que quedar aquí. Si la matasen, ¡figúrate qué cargo de conciencia!

CORAL A tu verita siempre. Tenía el temor de que te hubieses marchado a España para dejarme engañada o por miedo al viejito, pero ya que has vuelto viviremos siempre juntos como dos palomitas torcases.

CAR. (¡Esto nos faltaba!)

CORAL ¿Pero ¿qué tienes, mi arrullo? Apenas si me has hecho una carisia. Dame otro abraso.

LUIS Sí, hija, no faltaba más.

CORAL Porque supongo que la galleguita será de confianza.

LUIS (Abrazándola de nuevo.) ¡Como de casa!

CAR. ¡Basta!

CORAL ¿Por qué se enoja?

LUIS Nada... Que se acuerda de su marido y le da envidia. (Aparte a Carola.) Disimula, mujer.

CAR. ¡Hombre, es que es un trance!...

LUIS Muy duro, lo comprendo. A mí, cuando la abrazo, me parece muy duro... Pero como si abrazase a un amigo.

CAR. Es que es una mujer muy guapa.

LUIS ¡Es canela!

CAR. ¿Cómo?

LUIS Digo que es de color de canela, y a mí la canela sabes que no me gusta.

CAR. Bueno, pues por si acaso, con cualquier pretexto dile que se vaya y hablaremos tú y yo.

LUIS (Acercándose a Coral.) Oye, barquillito relleno, no te habrás desayunado, ¿verdad?

CORAL ¡Quien piensa en eso después de haberte visto! Yo estando a tu lado no nesesito comer.

LUIS (¡Si en Madrid pensasen lo mismo!) Bueno, pero no importa. Anda, y que te den algo.

CORAL Te obedezco siempre.

LUIS Un abrazo...

CAR. ¿Otra vez?

LUIS No; la digo que te dé un abrazo.

CORAL ¡Cómo no, si vamos a ser uña y carne!

LUIS (Esta presiente los arañazos.)

CAR. (Después de abrazar por fórmula a Coral.) Vaya usted, vaya usted y que la den el desayuno.

(Al pasar Coral por delante de Luis, éste abre los brazos invitándola a caer en ellos, pero los baja rápidamente disimulando para que no le vea Carola que vuelve la cabeza. Dos veces el mismo juego, y Coral, sin comprenderle, hace mutis por la casa.)

LUIS Espera un momento. Voy a decir que le den unas tortas. (Medio mutis.)

CAR. (Sujetándole.) A ver si te las voy a dar yo a ti.

LUIS Mujer, no sabes disimular.

CAR. Ni tú tampoco.

LUIS Pero, Carola, ¿es que me crees capaz de desencender a una ranchera feucha, negrucha, blanducha...

CAR. Escucha. Esa mujer se tiene que marchar inmediatamente desengañada.

LUIS Eso es una crueldad.

CAR. La voy a decir que tú me has dado palabra de casamiento, y que dentro de tres meses se celebrará la boda.

LUIS Yo se lo diré despacito, con cariño...

CAR. Tú te quedas aquí. (Medio mutis.)

LUIS Dile que venga.

CAR. A esa no la ves tú más. Pues estaría bonito. De paso voy a dar una vuelta por la casa para enterarme de lo que hay, porque yo puedo preguntar y tú no. (Mutis por la casa.)

LUIS ¡Vaya una americanita que gastaba mi pri-

mo para andar por casa!... Por supuesto, que a ese rancho voy yo todas las tardes.

TOM (Entrando.) Ahí está el Espanto de las Praderas.

LUIS ¿Quién dices?

TOM El amo del rancho del río.

LUIS ¿El padre de Coralito?

TOM Sí, señó. Y me parece que el viejito viene corajudo.

LUIS Oye, dile que no estoy en casa.

TOM ¡Qué bromista ha vuelto el amito! (Mutis po la casa.)

LUIS ¡Pues sí que es obediente la servidumbre!

ESP (Por la derecha. Es un robusto hombre de unos cuarenta años, muy moreno y de facciones duras. Viste el típico traje de los cow-boys.) Buenos días, mi jefe.

LUIS Muy buenos.

ESP No sabes el plaser que me ha dado tu feliz arribo, amigaso.

LUIS (¡Ah, pues viene como una seda!)

ESP Temía tener que hacer un viaje a Europa para darte los dos tiritos que te tengo ofresidos.

LUIS ¿Eh?

ESP. La afrenta que me has hecho con la niña está pidiendo sangre y yo estoy saltando de coraje.

LUIS Mira, yo te diré...

ESP. No me tienes que decir nada. Tú determina cuándo quieres que nos devoremos los hígados.

LUIS No corre prisa. Yo estoy ahora a régimen.

ESP. Me estoy muriendo de impaciencia; la sangre me está hirviendo y no sosegaré hasta que te mate.

LUIS (¡Para que se fíe uno de los que parecen tranquilos!)

ESP. Tú ya sabes, amigaso, que yo desciendo de familia de cow-boys, y me bato siempre al estilo de los que viven de Tejas arriba.

LUIS (Se batirá a arañazos como los gatos.)

ESP. Haremos un duelito a la americana. Es muy divertido.

LUIS ¿De veras?

ESP. Te lo explicaré por si no lo recuerdas. A una hora fija estaremos los dos emboscados y echamos a andar buscándonos mutuamente

para darnos caza. El primero que vea al otro, ¡pum, pum!, dos tiritos y despachaos.

LUIS ¡Pues sí que es una diversión!

ESP. ¿Verdad que sí? Es la casa del hombre por el hombre. Tú me buscas y me asechas; yo me escondo y te persigo, y cuando uno logra descubrir al otro...

LUIS ¡Pum, pum! Comprendido.

ESP. Pues no hay más que hablar. Yo voy a emboscarme a la selva de aquí juntito. Son las nueve menos sinco. A las nueve en punto empiesa el duelo. Tú entrarás en la selva por la parte del trapiche y yo por la del río.

LUIS Bueno. (¡Enseguidita pongo yo los piés en la selva!)

ESP. Venga esa mano y buena suerte, amigaso.

LUIS Igualmente. (Cuando ha desaparecido el Espanto de las Praderas.) Lo que es a mí no me matas tú a la espera como a un conejo. ¡Tom! Vaya una cacería entretenida. ¡Tom! No voy a poder salir de casa hasta que empiece la veda. ¡Tom!

TOM (De la casa.) ¿Llamaba el amo?

LUIS Pero, hombre, ¿no me oías?

TOM Ah, ya. Es que el amo ha perdido la costumbre de llamar con el revólver.

LUIS Sí, por economía. Se gasta mucha pólvora. Oye, a ese tío no le vuelvas a dejar entrar.

TOM ¿A El Espanto de las Praderas?

LUIS Al mismo.

TOM Pero, ¿no se bate el amo con él? Anda, y desía que sólo espera la vuelta del amo para matarle.

LUIS Mira, a ti que eres fiel, y que anoche al verme me repetiste el juramento de dar tu vida por mí, se te puede contar todo.

TOM Ya sabe el amo. Lo mismo Panchito que yo le somos fieles como perros, que para eso nos salvó la vida.

LUIS Ese salvaje me ha propuesto un duelo al estilo de su país.

TOM Ya lo sé. En la selva, ¿verdad? Es su costumbre. Ahí ha matado ya a nueve.

LUIS Pues el décimo no sale.

TOM ¿Cómo?

LUIS Que no pienso salir de casa y asunto concluído. Ya se cansará de andar al ojeo. Lue-

go, con decirle que yo tampoco le encontré a él, quedamos los dos como los ángeles.

TOM Eso no puede ser.

LUIS ¿Cómo que no?

TOM Clarito. El tiene derecho a matarte donde te encuentre.

LUIS ¿Qué dices?

TOM Que si no te ve en la selva vendrá aquí a buscarte, y, sin decir palabra, te volará la cabeza.

LUIS ¡Replátano! Oye, pero ¿tú estás seguro de eso, morenito?

TOM Es la ley.

LUIS (Mirando el reloj.) ¡Y ya hace unos minutos que ha empezado el ojeo! Ponte por ahí y avísame si le ves.

TOM Descuide el amo. (Vase por la derecha para volver en seguida.)

LUIS ¡Pues sí que me están saliendo las cosas a pedir de boca!... Lo mejor será que yo se lo confiese todo en secreto... Pero ¿quién se acerca a él? Y además, ¿cómo va a creer que no soy yo? Y si lo cree y lo dice, ¡adiós ingenio!

TOM Mi amo, viene el Chacal.

LUIS ¿Qué Chacal?

TOM El novio que le tenía prometido su padre a Coralito, ¿no lo sabe?

LUIS ¡Arrea!

TOM Quería que el amo saliese al campo, pero yo le he dicho que no.

LUIS Claro, hombre; yo no salgo de aquí ni disfrazado.

TOM Y le he dicho que entre.

LUIS ¡Pues sí que eres el único para arreglar cuestiones!

CHACAL (Es un fornido mozo que viste de un modo intermedio entre cow-boy y el mejicano del campo.) Salud, compadrito.

LUIS Salud. (A Tom.) Oye, no te vayas.

CHACAL Ya supondrás a lo que vengo.

LUIS (A darme dos tiros.)

CHACAL Sabes que no me gusta perder el tiempo.

LUIS (¡Este me los da aquí mismo!)

CHACAL Me has arrebatado a la criolla, que era la luz de mis ojos, y con la que iba a casarme. Por miedo a mi vengansa tómate el vapor. Eres un cobarde que no vale un claco.

LUIS (A Tom.) Oye, Tom, ¡cobarde yo! No me conoce.

CHACAL Pues si no lo eres, en vez de matarte te haré un honor.

LUIS Muy agradecido.

CHACAL Nos batiremos.

LUIS ¿Otro duelo a la americana?

CHACAL No. Yo te voy a haser un favor.

LUIS Te repito las gracias.

CHACAL Nos balearemos frente a frente como es costumbre en tu país.

ESP. (Presentándose de pronto por la derecha.) Si no sales, te mato aquí mismo.

LUIS ¡Eh! ¡No tires!...

ESP. ¿Qué acontese? He recorrido toda la selva sin encontrarte, cobardón.

CHACAL No, no es un cobardón, viejito; ya ves que ha vuelto, cuando creímos que se había marchado para dejarnos burlados a todos.

ESP. Entonces, ¿por qué no ha salido a la selva?

CHACAL Porque estaba concertando un duelo conmigo.

LUIS Eso. Estaba concertando otro duelo.

ESP. Eso sí que no puede ser. Yo tengo derecho a matarle.

CHACAL Le tengo yo, que soy el más afrentado.

ESP. Lo soy yo.

CHACAL No me contradigas, viejito, que soy yo el que tengo que matarle.

ESP. Soy yo.

LUIS (¡A que se matan estos y me dejan vivir!)

ESP. Como intentes tocarle te voy a perjudicar, Chacal.

CHACAL Mira, viejito, que a mí no me levanta la voz nadie.

LUIS (A Chacal.) ¡Como que yo en tu lugar no se lo consentía! ¡Mira que levantarte a ti la voz!

ESP. Chacal, que me estás hasiendo bullir la sangre.

LUIS (A El Espanto.) Sí, hombre, sí. Te está faltando al respeto.

CHACAL Basta. Esto no puede ser así.

LUIS (¡Ya esta, ya está! ¡Se enzarzan!)

ESP. Eso digo yo.

CHACAL ¿No sabes la nueva orden del general? Al hombre que mata a otro se le fusila, y si ha sido en duelo se le deja escapar del territo-

rio, pero no puede volver bajo pena de muerte.

ESP. Ya lo sé. ¿Y eso qué importa?

CHACAL Que tú no puedes emigrar si le matas; que tienes que cuidar de Coralito y de tu hasienda. Yo, en cambio, nada tengo que perder.

ESP. Es verdad. Ahorita tiene razón. Tú lo matarás.

LUIS (¡Ca!... ¡Ya está!... ¡Estos no me conocen a mí!) No discutáis más. Me batiré con éste, aquí mismo. Dentro de cinco minutos.

CHACAL Mi mano.

LUIS Pero frente a frente, y con pistolas de combate.

CHACAL Como tú quieras. Eso, a mí, no me importa.

LUIS Podéis marcharos. Vé a arreglar tus papeles mientras yo dispongo los míos, y dentro de cinco minutos justos, aquí.

CHACAL No hay más que hablar. Salud, compadrito.

ESP. Suerte, amigaso. (Vanse el Chacal y el Espanto por la derecha.)

LUIS Dentro de cinco minutos, que no me gusta esperar.

TOM ¡Qué valiente es el amo!

LUIS ¡Ay, tú no me conoces, bibelote de ébano! ¿No has oído que según las órdenes del general el que mata a otro tiene que salir por pies? Pues ese me mata a mí.

TOM ¡Ah! ¿Se va a dejar matar el amo?

LUIS ¡Vamos, calla! Ahí, en la panoplia del despacho, hay dos pistolas de combate.

TOM Magníficas. Las que le regaló al amo el otro presidente.

LUIS Tú las cargas con pólvora sola; nos ponemos frente a frente, disparamos, y ¡paf, yo caigo muerto! El Chacal sale corriendo al creer que me ha matado, y nos vemos libres de él.

TOM ¡Qué talento tiene el amo! Voy, voy corriendo a cargar las pistalas. (Vase por la casa.)

LUIS Estaría bueno que después de tantas fatigas para lograr ser rico viniese un guacamayo de estos a cortarme la felicidad de un balazo. Yo soy el rey de la frescura aquí y en el Japón.

CHACAL (Por la derecha.) Estoy a tu disposición.

LUIS Pronto has despachado.

CHACAL Poco tenía que despachar. No tenía en el mundo más hasienda que la del viejito, que hubiera sido mía al casarme con Coralito, ni más amor que el de ella.

TOM Ya están cargadas las pistolas, mi amo.

LUIS Pues déjalas y vete.

(Vase Tom por la izquierda.)

CHACAL (¡No se acobarda!)

LUIS ¿Te parece bien a diez pasos?

CHACAL ¿A diez pasos? (¡Qué chasco me ha dado!)

LUIS Voy a contarlos. (Cuenta los pasos.)

CHACAL (¡Y perder a mi Coralito!... ¡Si no me asertase él del balaso!...)

LUIS Tú aquí, y yo aquí. Toma la pistola.

CHACAL (Nada, que ni tiembla al jugarse la vida.)

LUIS Cuando quieras.

CHACAL Cuando quieras tú.

LUIS Prevenido.

CHACAL Prevenido.

LUIS ¡Fuego! (Los dos disparan a un tiempo. Los dos cierran los ojos, se tambalean un momento y se dejan caer en tierra.) ¡Soy muerto!

CHACAL ¡Me has matado!

LUIS (¡No huye!)

CHACAL (Mirando.) (¡Le he matado!)

LUIS (Volviéndose despacito.) (¿Estará ahí?)

CHACAL (¡Se mueve! ¡Sólo está herido!)

LUIS ¡Dios mío, le he matado!)

CHACAL (¡Parece que se queja!)

LUIS (¡Ese animal ha cargado con bala mi pistola y le he asesinado!)

(Los dos se incorporan a un tiempo, y al verse se dejan caer pesadamente.)

CHACAL (¡Está agonisando!)

LUIS (¡Ha lanzado el último suspiro!)

CHACAL (¡Yo huyo!)

LUIS (¡Yo me escapo!)

(Vuelven a incorporarse y a dejarse caer.)

CHACAL (¡Aún tiene vida!)

LUIS (¡Pobrecillo! ¡Estoy por rematarle!)

CHACAL (¡Gente! Disimulemos. ¡Estoy perdido!)

LUIS (¡Alguien viene!)

PAN. ¡Ah! ¡El amo! ¡El Chacal! ¡Muertos! ¡Se han baleado!... ¡Amita! ¡Amita! (Entra corriendo en la casa.)

CAR. ¿Qué pasa?

PAN. ¡Muerto el amo! ¡Se ha batido con el Chacal!

CAR. ¡Ah, Virgen santa!... ¡Pobrecito mío!... ¡Si no se muevel... ¡Está muerto!

PAN. ¡Pobre amito! ¡Pobre amito! (Llora berreando.)

LUIS (Incorporándose, queda sentado.) No te apures, que no soy yo el muerto.

CAR. ¡Ah!

PAN. ¡Ay! ¡Socorro! (Vase corriendo.)

LUIS Tranquilízate, mujer.

CAR. Pero, ¿qué es esto?

LUIS Nada, que he tenido que fingir que me mataba ese para que no me matase de veras.

CAR. Pero, ¿no estás herido?

LUIS No tengo ni un arañazo.

CAR. Pero, ¿y ese hombre?

LUIS ¡Infeliz! Ese es mi dolor...

CAR. ¿Le has matado tú?

LUIS Sin querer; pero le he matado... La pistola estaba cargada...

CAR. ¡Qué horrible!

LUIS No te apures. Vamos a meterle en un saco y le arrojaremos al río.

CHACAL (Levantándose.) ¡Canalla!

LUIS ¡Ah!

CAR. ¡Jesús!

LUIS ¡Ladrón, te hacías el muerto!

CHACAL ¡Pues y tú, gran bandido!

CAR. Pero, este hombre, ¿quién es?

LUIS El prometido de Coralito.

CAR. ¡Ah! ¿Por eso era el duelo? Pues no se apure usted. Coralito está ya camino de su casa, y no volverá por aquí.

CHACAL Ya comprendo. Es que tú y la galleguita...

CAR. Sí, señor. Nos casaremos dentro de tres meses. Ya se lo he dicho a la criolla.

LUIS Pues nada, hombre, ya está todo arreglado.

CHACAL Pero, ¿y lo pasado? Yo te tengo que matar.

CAR. Puede usted hacerse cuenta de que ya se ha muerto.

CHACAL No me conformo.

CAR. Puede ser feliz con la muchacha...

LUIS Será para ti la hacienda de su padre...

CHACAL No me conformo.

LUIS Pues hijo, yo no puedo hacer más.

CHACAL No me conformo si no me das ochenta mil pesos.

LUIS ¡Qué bárbaro! Pues no eres tú nadie pidiendo indemnizaciones.

CHACAL Ochenta mil pesos son para ti una tontada.

LUIS ¡Si a eso le llamas tontada!...

CHACAL Clarito, son ochenta duros españoles que tú te gastas en un día.

LUIS ¡Es verdad, hombre! No me acordaba yo de lo depreciada que está la moneda del país. Nada, nada, cuenta con ellos y vete con Dios.

CHACAL Hasta más ver, compadrito.

LUIS Que te conserves tan bueno. (Mutis Chacal por la derecha.) ¡Vamos, ya estamos libres de líos gracias a mi ingenio, y podremos disfrutar del de mi primo.

CAR. Y que por lo que he podido enterarme es una hermosura. Toda esta tierra que nos rodea, hasta que se pierde de vista, es nuestra.

LUIS ¡Mira tú, y en Madrid no teníamos más tierra que la del tiesto de ruda que te tocó en la verbena! ¡Qué vida nos vamos a dar!

CAR. Oye, prepárame el refresco de que me has hablado.

LUIS ¡Ah, sí! El célebre refresco tupatecano, invención de mi primo. Me lo enseñó a preparar la última vez que nos vimos.

CAR. No sé las cosas que lleva, pues Tom, a quien se lo ha dicho, ha llenado una bandeja de copas, botellas, jarros y otros cacharros.

LUIS Sí, como el pobre Carlos lo hacía a menudo, él sabe todo lo que se necesita.

CAR. Pues anda, vé a prepararlo y lo tomaremos aquí, que yo estoy muerta de sed.

LUIS ¡Pues figúrate yo, después de los sustos que he pasado, tengo la lengua pegada al paladar! (Mutis los dos por la casa.)

ARROYO (Por la derecha con don LUCAS, PAQUITA y el DOCTOR PEREZ.) Pasen, pasen. No hay nadie.

LUCAS Pasa, hija mía.

PAQ. ¡Qué dulce sorpresa le vamos a dar!

ARROYO (Al Doctor Pérez.) Usted, señor notario, puede sentarse ahí y tomar nota para levantar acta de todo lo que acontesca.

DOCTOR Descuide.

LUCAS Vamos a llamarle, que me corroe la impaciencia. El honor de los Verduguillos no puede estar ofendido ni un minuto más.

PAQ No te acalores, papá. Me ama y no se negará a aceptar mi mano.

LUCAS ¡Y desgraciado de él si no la acepta!

ARROYO ¡Silencio, que alguien se acerca! Colóquense por ahí. (Se agrupan hacia la derecha.)

LUIS (En la puerta de la casa. Trae en la mano una gran bandeja llena de copas, botellas, jarras y otros cacharros, y dice deteniéndose y mirando hacia adentro:) Ven, lo prepararemos aquí, al fresco.

ARROYO Buenos días.
LUCAS Buenos días.
PAQ. Buenos días.
(A un tiempo los tres y en distintos tonos.)

LUIS (Se vuelve y los ve.) ¡¡¡Ah!!! (Deja caer la bandeja con todos los cacharros y él queda sentado en el suelo.)

CAR. (Dentro.) ¿Te has caído?

LUIS ¡Con todo el equipo!

ARROYO Levántate, amigaso.

PAQ. Tenga mi mano, ingrato.

CAR. (Saliendo.) ¡¡Santa Bárbara!!

LUCAS ¡Da usted la mano a la niña, sí o no!

LUIS Gracias. Puedo levantarme solo. (Lo hace.)

LUCAS Quiero decir que, o da usted su mano a mi atribulada hija, o no quedan con vida en este país ni las cacatúas.

LUIS (¡Mi madre!)

CAR. (¡De esta sí que no salimos!)

ARROYO ¡Te has quedao aplatanado, amigaso!

LUIS Pero, ¿a ti quién te ha dado vela en este entierro?

ARROYO ¿Qué les parese? ¿Después de haberme dejado chasqueado en el balneario miren cómo me resibe el amigo del alma?

LUIS Del alma que te voy a romper.

LUCAS Quieto. Su amigo de usted, con un impulso noble y generoso, que nunca le agradeceré bastante, al enterarse de su vergonzosa huída, se brindó a acompañarnos a Tupateca, y combinó el viaje de forma que, tomando un vapor directo en Vigo, al mismo tiempo que usted embarcaba en La Coruña, hemos llegado a Tupateca dos días antes.

LUIS ¡Ah! Pero, ¿has sido tú el que los ha traído? ¡Maldita sea tu estampa, ladrón! (Le persigue para pegarle.)

ARROYO (Huyendo.) Fíjese, doctor Pérez.

LUIS ¿Quién es este otro tipo?

DOCTOR ¿No me conoce usted?

ARROYO Es el Notario, que viene a levantar acta de tus felonías.

LUIS Pues que levante lo que quiera; pero yo a ti te levanto la tapa de los sesos.

LUCAS ¡Quieto! No cometas un homicidio, que yo no puedo tolerar que el limpio apellido de los Verduguillos se una al de un presidiario.

CAR. Caballero. Es preciso hablar claro y poner las cosas en su punto. Si usted no ha venido a Tupateca nada más que para casar a la niña, ha perdido usted el viaje.

LUCAS ¿Qué escucho?

LUIS Pues la verdad... Yo soy casado. Presento a usted a mi legítima esposa. Y como la bigamia no está tolerada en este país, si no le hace a la niña un morenito que tenemos para el servicio doméstico, se vuelve a Europa con palma.

LUCAS Basta, basta, que voy a enloquecer.

LUIS No enloquezca usted que no va a sacar nada práctico.

LUCAS (A Arroyo.) Usted tiene la culpa de todo esto. Usted nos pagará los pasajes, porque andando no nos vamos a volver.

ARROYO Los pasajes los pagará mi amigaso Carlos.

LUIS ¿Yo?

ARROYO Clarito. Vengo a que ajustemos ouentas.

LUIS Ah, pues las ajustaremos.

CAR. (Aparte a Luis.) Escucha...

ARROYO Y claritas, qne para eso me hise acompañar del doctor Pérez. Aquí traigo las cuentas que me has de abonar ahora mismito.

LUIS Perfectamente. Con tal de no volver a verte más en la vida.

CAR. (A Luis.) Escucha, hombre...

ARROYO Aquí está todo espesificado por el Notario. Me adeudas siete millones cuatrosientos ochenta pesos.

LUIS ¡Qué barbaridad!

DOCTOR Moneda del país.

LUIS ¡Ah, ya!... Bueno, pero de todos modos...

DOCTOR Ciento treinta mil pesetas.

CAR. (Llevándose aparte a Luis.) ¿Quieres oirme?

LUIS ¿Qué?

CAR. (Aparte a Luis.) He preguntado a todos los criados y dependientes del Ingenio quién era Arroyo, el íntimo amigo de tu primo, y nadie le conoce. Además, me han asegurado que tu primo no ha comprado cafetales

nuevos. Ese tío, como sospechamos, es un sinvergüenza que se está aprovechando de la situación.

LUIS ¿Sí? Pues ya verás. (A Arroyo.) Vamos a hablar clarito. Ya me he cansado de que usted me estafe.

ARROYO ¿Qué dises?

LUIS Que usted a mí no me conoce ni de vista.

ARROYO Pero, Mozo, Carlitos, ¿has perdido la rasón?

LUIS Yo no soy Mozo

ARROYO ¿No?

LUIS Ya que es preciso decir la verdad la diré. Soy su primo Luis León.

ARROYO (A Pérez.) ¿Oye usted, doctor?

LUIS Pero aunque fuese el propio Carlos Mozo sería lo mismo, porque usted no ha tenido en Tupateca plantaciones de café, ni siquiera un mal tupi.

ARROYO ¡Oye usted, Pérez!

LUIS No es Pérez el que tiene que oir, sino usted, que ahora mismo se va a largar con viento fresco y con dos punteras que en mi vida las he dado con más gana.

ARROYO ¡Basta! (A Pérez.) ¿Basta?

DOCTOR ¡Basta!

ARROYO Efectivamente. Yo no soy Arroyo, sino Luciano Torrente, policía particular al servicio de la Compañía de Seguros The Nose (Pronúnciese Si nos) de Nueva York, a la que usted ha estafado.

LUIS ¡Ay! (Cae desmayado en una butaca.)

ARROYO El doctor Pérez, como Notario, dará fe de su declaración.

CAR. ¡Dios mío de mi alma!

DOCTOR ¿Puedo hablar yo?

ARROYO Hable.

DOCTOR (A Luis.) ¿Cómo se llama usted?

LUIS Luis León y Lucarreguibalmendigorrieta.

DOCTOR ¡Basta!

LUIS No, si ya he terminado.

DOCTOR Digo que basta. En mi Notaría se presentó, días antes de embarcar, su difunto primo Carlos Mozo y Lucarregui, etc., y ante el temor de un fallecimiento hizo testamento a favor de usted su único pariente, legándole toda su fortuna.

LUIS ¡Ay! ¿No es una broma que usted quiere gastarme?

DOCTOR Como notario no me he reído jamás.

ARROYO Entonces, si usted me devuelve el importe de la prima y una indemnización...

LUIS Sí, hombre, sí. ¡Ya lo creo!... Y le iba a dar a usted una puntera que le pusiese a bordo del vapor; pero, amigo mío, habérsela dado con queso a un hombre como yo merece un premio, y si usted quiere se queda de administrador de mi Ingenio.

ARROYO ¡Aceptado! El que nos la quiera dar a usted o a mí ya tiene que andar listo.

LUCAS Pero, ¿y yo? ¿Me voy a volver a España con la niña sin casar?

PAQ. (A Carola.) ¿Es muy moreno el joven de que me hablan ustedes?

CAR. Sí, hija. Se lava en tinta china.

LUIS No se apure usted, señorita. Habrá felicidad para todos.

CAR. Oye, ¿estás seguro de que no nos quedará otro susto por pasar?

LUIS Sí, uno. Que al público no le haya gustado la farsa; pero si nos aplaude, ¿qué más podemos pedir? (Al público.) Señores, un aplauso para nuestra tranquilidad.

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)
La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)
Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa)
La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.)
Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada (Coliseo del Noviciado.)
Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)
Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín)
El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)
La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)
Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)
La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)
El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.)
La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)
Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)
El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)
La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)
La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocation du fils du Monducet», de Sacha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)
El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel)

El servicio doméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur», de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Vela. (Teatro Martín)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español)

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano y al portugués.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino Lopez, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo)

La Maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)

Mario y María, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi (Teatro Eslava.)

La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.)

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de la Zarzuela.)

El palacio de la marquesa, comedia en tres actos de A Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.)

La aventura del coche, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.)

Mariposa, comedia en tres actos. (Teatro de Lara)

Un lio del otro mnndo, juguete cómico en tres actos. (Teatro Infanta Isabel.)

Precio: DOS pesetas